

Los intelectuales latinoamericanos y el desarrollo de sus sociedades

FERNANDO URICOECHEA

INTRODUCCIÓN AL PROBLEMA

La abundante literatura preocupada por el estudio del desarrollo de las naciones latinoamericanas ha descubierto de modo notable el papel que sus intelectuales han jugado en los complejos procesos de cambio social que han venido operándose en aquéllas. No hay —que yo sepa— estudios que hayan definido de una manera más o menos sistemática cuál ha sido el comportamiento característico de este grupo ante las situaciones de retraso regional. Mientras contamos con análisis de la participación de los sectores medios y de las masas nacionales en la escena política, aún desconocemos las vinculaciones que se han presentado entre el proceso de desarrollo y los intelectuales.

Por otra parte, la incorporación de éstos en los cuadros generales de explicación y comprensión del desarrollo ha sido tan general y vaga, que se impone una revisión del enfoque analítico tradicional con que se les evalúa. De aquí que no estemos particularmente interesados en un esbozo del pensamiento social latinoamericano. Este trabajo se orienta más bien a analizar las relaciones que se han presentado entre la estructura social y el intelectual latinoamericano y el tipo de acción y orientación características de este último en diferentes etapas históricas. Esto significa que nuestro énfasis estará puesto no tanto en sus sistemas de pensamiento cuanto en aclarar los sistemas de acción social que acompañan a estos últimos.

Por tanto, al principio nos dedicamos a elaborar un marco teórico de referencia que ofrezca cierta validez para este propósito, para luego tomarlo como base de interpretación del papel del intelectual en América Latina.

I. *El enfoque tradicional: crítica*

Usualmente tiende a tomarse la categoría social intelectual como si es-

tuviera configurada por un grupo o minoría homogénea y con identidad de intereses y funciones. La impresión que se recibe, además, es la de que —aparte de no tener en cuenta los diferentes compromisos y orientaciones de sus miembros— se supone que su papel social es sensiblemente semejante en las diversas estructuras sociales en que se hacen sentir. Típicamente, éste es el caso del intelectual de Mannheim en su clásica *Ideología y Utopía*.¹

Un acercamiento más apropiado que el anterior en el estudio del intelectual consiste en la elaboración de tipologías que pueden aportar, de entrada, una ventaja sobre el enfoque anterior, a saber: facilitar el análisis del papel del intelectual según el *tipo* que se considere. Esta ventaja puede, empero, desaparecer si, como ha sido el caso, los criterios para la construcción tipológica giran alrededor de diferencias *dentro* del grupo intelectual mismo más que alrededor de diferencias *entre* cada uno de los grupos intelectuales según sus orientaciones y compromisos. La afinidad de este segundo enfoque con el primero radica en concebir a los intelectuales como un solo grupo. Además, su tipificación o diferenciación ocurre dentro de un sistema cerrado, dentro de un sistema que se legitima en sí mismo. En efecto, se detectan aquellos rasgos internos (endógenos) que diferencian a unos intelectuales de otros y con base en ellos se definen y precisan los distintos tipos de intelectuales. Éste es el caso de las tipologías ideadas por R. Aron en su *L'opium des intellectuels*.² y por S.M. Lipset en *Political Man*.³

Pero más que una tipología del intelectual se podría decir que lo que Aron y Lipset diseñan son tipologías de las tareas de los intelectuales. Si bien es cierto que la tarea es un criterio válido de diferenciación y, por consiguiente, de tipificación, no es un criterio suficiente ya que lo intelectual incluye otra nota: *es también proyecto*. La tarea es un criterio válido para el *sistema interno* del intelectual, esto es, válida con respecto a los otros intelectuales. El proyecto, *i. e.*: la tarea y su destino, vincula necesariamente al intelectual con un *sistema externo* a él que las tipologías anteriores no tienen en cuenta.

Así, a tareas semejantes de los escribas, de los letrados y de los expertos —para emplear la tipología de Aron— pueden corresponder proyectos diferentes según el sistema social y los subsistemas en que se encuentre inmerso el intelectual. Ello provoca el hecho de que los resultados de una misma tarea sean diferentes según la matriz social del intelectual. La tipología de Lipset es aún menos feliz y afortunada: su distinción entre creadores y distribuidores de cultura se presta en menor grado que la anterior como un eficaz instrumento de análisis. Es una tipología más descarnada y con menos cuerpo que la de Aron.

II. *El supuesto de un nuevo enfoque: "El sistema externo"*

Como se puede apreciar, la categoría intelectual se presenta en esos términos demasiado etérea y se tipifica sin tener como punto de referencia ningún contexto exterior a ella. La tarea o, si se prefiere, el intelectual carece de una dimensión histórica, significativa. En esas condiciones no resulta muy útil para una sociología de procesos y movimientos sociales.

Metodológicamente es de rigor, entonces, refinarla de manera que los tipos que se construyan susciten implicaciones sociopolíticas *inmediatas* y más concretas. Ello supone, a su turno, considerar al intelectual en vinculación con su sociedad a través de su proyecto-función, situarlo en un sistema abierto en que se defina no desde adentro sino desde afuera, desde una perspectiva. O mejor, ubicarlo en el sistema externo y no dejarlo plácidamente en su sistema interno. Porque es con referencia a su sistema externo, sobre todo, como el intelectual posee sentido sociológico. Tanto su tarea como el proyecto de esta tarea (su proyecto-función) se definen, *qua* intelectuales, con referencia a aquél.

III. *Sistemas externos e intelectuales*

Diferentes sistemas externos repercutirán de manera diversa sobre los tipos de intelectuales. Y no sólo sobre el intelectual, sino también sobre la manera de concebirlos por parte de la sociedad.

Uno de los criterios mayores de diferenciación entre sistemas externos o estructuras sociales globales es el que hace referencia al grado de modernización y de desarrollo de éstas. El papel del intelectual en las sociedades industriales es sensiblemente distinto del que juega en las sociedades que llamaremos "críticas" o en transición, que no necesariamente significan sociedades subdesarrolladas. En las primeras, la esfera intelectual es menos autónoma. La expansión del aparato estatal, su extensión hacia nuevas áreas institucionales y su asunción de nuevas funciones provocan la aparición de un vasto y centralizado sistema de difusión y comunicaciones. En términos generales ello se traduce en persistentes presiones estructurales e institucionales que profesionalizan la cosmovisión y el proyecto-función de intelectual. El resultado es que la *Weltanschauung*, la imagen del orden social y los ingredientes simbólicos e ideológicos que la configuran van a estar más en manos del aparato estatal que en las de la minoría intelectual.

En las sociedades críticas, por el contrario, dado el bajo desarrollo tecnológico en que reposa el aparato estatal, la representación del mundo que

ofrece el intelectual es una alternativa más efectiva con respecto a la que suministra la estructura del poder público. Ello va en beneficio de la autonomía y de la eficacia de la función proyecto intelectual. Su función deja de ser, como frecuentemente ocurre en las sociedades de alto desarrollo tecnológico, complementaria y se configura y se hace valer como *suplementaria* y *competitiva* con respecto a la que ofrece el Estado.

No es pues —como supone D. Bell en un libro influyente—⁴ que las ideologías hayan llegado a su fin. En primer lugar, esto es inválido para las sociedades críticas donde la esfera política e ideológica tiene cierta prevalencia y primacía sobre la tecnoeconómica tan frágilmente desarrollada. En segundo lugar, en las sociedades urbano-industriales que han superado el estadio crítico, las ideologías o sistemas simbólicos públicos van a referirse, sobre todo, a las relaciones entre unidades nacionales, entre Estados. Pero ese desplazamiento de la esfera y de los contenidos ideológicos hacia otro sistema externo más inclusivo —el sistema social internacional— no implica la extinción de la ideología en los asuntos internos de la estructura nacional desarrollada. Significa, simplemente, que lo público, lo ideológico desplaza su énfasis y su centro hacia la esfera internacional. La esfera pública interna va a estar entonces razonablemente supeditada a la esfera pública externa.

Aquí es donde resalta la nueva significación del intelectual en las naciones urbano-industriales y ello es lo que explica el espejismo del “fin de las ideologías”: éstas, los sistemas simbólicos públicos, controversiales, de los países urbano-industriales son construcciones que definen las relaciones de Estados con Estados, de poderes contra poderes, primordialmente. Es, por ende, incumbencia primordial del sistema nacional de dominación, del aparato estatal. En las sociedades críticas, en cambio, la ideología es, sobre todo, la definición de las relaciones (propuestas, programáticas) entre los diferentes grupos sociales de la sociedad nacional —entre las diferentes partes de un sistema de poder. Es, por tanto, incumbencia de esos mismos grupos y son ellos los que recurren a los intelectuales para que legitimen o ilegitimen el estado de cosas y la posición relativa de cada uno de los grupos en ese sistema.

Resumiendo, en el caso de las sociedades de alto desarrollo tecnológico, el contexto ideológico es la sociedad internacional y el agente ideológico, el Estado. En las sociedades críticas, el contexto ideológico es la sociedad nacional misma y el agente ideológico, el intelectual principalmente.

IV *Los intelectuales y las sociedades críticas*

Hasta aquí se desprende que el análisis del comportamiento de los inte-

lectuales supone asimismo una aclaración del contexto social general que les es propio. De otro lado, se infiere que la fuerza social del intelectual es más significativa, más total, si se quiere, en las sociedades críticas: 1, porque el orden social de éstas no es un *settled affair* y porque la movilización y presiones de los grupos internos gozan —por el mismo carácter crítico de aquéllas— relativamente de mayor peso que la movilización y las presiones de los grupos cuyas sociedades políticas disponen de un aparato institucional estatal mejor organizado que hace más expedito y eficiente el control social; y 2, porque la esfera política e ideológica interna se encuentra —por el mismo carácter transicional de la etapa crítica— en un sostenido proceso de transformación y redefinición que hace más significativa la presencia y la incidencia del intelectual.

Pero así como hay que distinguir tipos de sociedades que pesan de modo diferente sobre los intelectuales, también hay que distinguir tipos de intelectuales que pesan de manera diferente sobre sus sociedades.

Como en las sociedades críticas el intelectual se encuentra, en principio, más inmerso en el sistema externo, las tipologías más útiles serán aquellas que diferencien tipos según la forma y el proyecto de vinculación de cada tarea con el sistema externo. La tipología que se ensaya a continuación procura seguir de cerca las consideraciones anteriores y se intenta para los intelectuales de la región latinoamericana. Esto no implica que no sea aplicable a otras sociedades críticas, pero sí que la proporción y la significación de cada tipo intelectual variará en términos de las características históricas y estructurales de la sociedad en cuestión. Por último, esta tipología persigue hacer del concepto el intelectual una herramienta analíticamente más útil y precisa, al tener en cuenta los proyectos-funciones de cada uno de los distintos tipos de intelectuales.

V. Bases para una tipología

Socialmente, el *status* o rol de intelectual se adquiere mediante el ejercicio de una o más de las siguientes tareas o proyectos-funciones:

1. El manejo relativamente complejo o sofisticado de símbolos expresivos destinados a un público.
2. La creación y divulgación de "ideas públicas", esto es, de aspectos o temas que conciernen a la vida de la comunidad de una manera relativamente sobresaliente.
3. La definición e interpretación de las situaciones mayores de su sociedad; esto es: proporcionan esquemas de evaluación para apreciar la naturaleza, las proporciones, las características y el significado de

todas aquellas situaciones o procesos sociales políticamente —*sensu lato*— relevantes.

4. La impugnación, el cuestionamiento o la crítica —en términos relativos o absolutos, moderados o radicales— de las funciones, metas y medios de su sociedad y —más ambiciosamente— de su época. Son el superego de la personalidad social.
5. La formulación de los valores básicos y fundamentales que definen y permiten promover el consenso de los diferentes sectores y grupos de la sociedad.
6. La elaboración de los símbolos de identificación nacional y de legitimidad institucional.
7. La construcción de las ideologías del poder o de las “contraideologías” del “contra-poder”.

Dado el carácter relativamente difuso de estas funciones, no es de extrañar que varias de ellas se entrecrucen y se superpongan en ocasiones frecuentes. Y ello con más razón en virtud de la función u orientación política de todas ellas —con excepción del primer proyecto-función. De aquí que sea de esperar que los intelectuales cumplan usualmente más de una de ellas simultáneamente, aun cuando éste no es forzosamente el caso.

VI. *Los diversos tipos de intelectuales*

Con base en esta clasificación de los proyectos-funciones es de rigor construir una tipología de los intelectuales que permita discernir más claramente las vinculaciones variadas de tales proyectos-funciones y las diversas consecuencias de las combinaciones resultantes. Esta tipología ofrecerá, pues, ventajas heurísticas.

TIPOS DE INTELECTUALES

1. *Los elaboradores*: serán aquellos dedicados predominantemente a la tarea de manejar sistemas simbólicos meramente expresivos sin necesarias connotaciones político-sociales. En este tipo estarían incluidos, en principio, poetas, críticos de arte, críticos literarios, novelistas, algunos académicos y hombres de letras en general. Como lo indica el hecho de que ésta sea su función predominante, esto no obsta ni excluye el que hagan incursiones en terrenos más pragmáticos y operativos como la política —sobre todo cuando tienen lugar procesos políticos y sociales de envergadura mayor.

2. *Los definidores*: los que se ocupan principalmente de las tareas segunda y tercera (creación y divulgación de “ideas públicas” y definición e interpretación de las situaciones mayores). Son los expositores de ideas públicas y suministran elementos o ideas para la inteligibilidad de ciertos fenómenos públicamente relevantes. En principio se pueden incluir los periodistas, los científicos sociales, los filósofos sociales, los técnicos y especialistas y los llamados “hombres públicos”

3. *Los censores*: quienes se dedican preferentemente a la tarea (cuarta) de criticar las funciones, medios y metas de la organización social. Ocasionalmente se entregan también al ejercicio de las tareas sexta y séptima (explicitación de los símbolos de identificación nacional y de legitimidad institucional). Sancionan intelectualmente las acciones públicas. Llamen la atención sobre la bondad o maldad de aspectos de interés general para la comunidad política. Critican cualquier aspecto del orden social y su estructura, pero están fundamentalmente interesados en echar las bases de la legitimidad de aquél. Comprenderíamos en este tipo a los burócratas de alto nivel, los políticos intelectuales —gubernistas, opositoristas, progresistas y reformistas— y algunos técnicos y especialistas. Usualmente cumplen también la tarea tercera.

4. *Los integradores*: los que se ocupan sobre todo de las tareas quinta y sexta. Promueven el consenso social movilizándolo “moral e ideológicamente” a sus públicos, con base en los valores nacionales y en el supuesto papel mesiánico de la nación. Son los forjadores de la nacionalidad y para ellos emplean viejos o nuevos elementos simbólicos agregativos. Aquí cabrían los políticos y pensadores de orientación marcadamente nacionalista — ya sea de tipo tradicional o revolucionario. Poseen un nivel de manipulación simbólica notablemente más orgánico —con tendencia a la creación de sistemas de pensamiento y de acción— que los *censores*, los *definidores* y los *elaboradores*. Una clasificación más amplia cubriría a ciertos hombres públicos, científicos sociales, filósofos sociales, y también ciertos militares y ensayistas.

5. *Los redefinidores*: quienes se ocupan principalmente de la tarea séptima y, eventualmente, de la sexta. Junto con los *elaboradores* e *integradores* constituyen los únicos artifices de sistemas: estéticos los primeros, y ético-políticos los últimos. Buscan un hombre, una sociedad y una cultura radicalmente diferentes a aquellos que critican. Incluye políticos y pensadores de extrema izquierda y de extrema derecha. Son los elaboradores de las “contraideologías” de carácter futurista o arcaísta. Se diferencian, además, de los *integradores*, en que superan la óptica nacionalista (aunque la nación puede ser considerada como un instrumento para su proyecto final). Su mira puede ser Indoamérica o la sociedad internacio-

nal sin Estado. No construyen, como los *integradores*, a partir de lo insuficiente lo inapropiado o lo exiguamente existente. No integran: desintegran para recrear.

No parece valer la pena extendernos en mencionar las limitaciones perogrullescas de toda tipología. Las combinaciones reales superan, con mucho, las cinco combinaciones típico-ideales. Repetimos, eso sí, que su valor radica en definir y precisar las diversas repercusiones políticas y sociales que cada tipo de intelectual plantea, cuando deseamos estudiar la realidad social y el papel que en ella le corresponde representar a cada tipo.

VII. *Tipos de intelectuales y medios de comunicación*

El mensaje de cada intelectual va dirigido a un público. Tiene que seleccionar el medio más propicio de comunicación en función tanto de su proyecto-función como de su público. Pero en general sus medios más usuales de comunicación son la palabra escrita, seguida de la radio-difundida y la televisada.

Los medios de comunicación de los *elaboradores* son las revistas culturales, las gacetas y los suplementos literarios. Emplean con poca frecuencia la radio, dada la complejidad temática de sus mensajes. También libros de novelas, poesías, cuentos, ensayos, etcétera.

Los medios de comunicación de los *definidores* son los mismos de los *censores*: principalmente periódicos y revistas políticas. También radio-periódicos. El sector "técnico" de los *definidores* prefiere libros.

La comunicación de los *integradores* con sus públicos se hace principalmente a través de libros y revistas políticas. Eventualmente hacen uso de suplementos literarios de periódicos, gacetas y ensayos periodísticos. Emplean poco la radio o la televisión.

Por último, los medios de comunicación de los *redefinidores* son los libros y, eventualmente, revistas y folletos de orientaciones con públicos muy específicos.

VIII. *Los intelectuales y sus públicos*

Cada tipo de intelectual utiliza con más frecuencia ciertos medios de comunicación. Este hecho determina que los públicos de los intelectuales están en función de los medios que emplean (y viceversa) y en función del acceso y exposición de los sectores públicos a los medios de comunicación.

El público de los *elaboradores* estará substancialmente conformado por categorías sociales urbanas (intelectuales, universitarios y el mundo de la bohemia). Su público, además, tiende a democratizarse y a reclutarse de sectores más populares cuando aquéllos se responsabilizan de otros proyectos-funciones diferentes al que les es típico. En este último sentido, el caso más reciente en América Latina corresponde al público de los *elaboradores* cubanos en esta década.

Los *definidores* cuentan con uno de los públicos más amplios y variados en términos de clase social. Incluye los sectores urbanos participantes en las instituciones urbanas; y los rurales en vía de movilización que se encuentran relativamente integrados a la sociedad urbana.

El público de los *censores* es cualitativamente semejante al de los *definidores*, pero cuantitativamente más amplio en virtud de su mayor incidencia y énfasis en la difusión de aspectos políticos y sociales-críticos.

Los *integradores* son presumiblemente los más preocupados por llevar sus mensajes a todos los sectores y grupos de la sociedad nacional. Muestran mayor preocupación que los otros tipos en incluir a las élites nacionales —política, económica, militar, etcétera—, dentro de su público. Con todo, sus públicos reales están principalmente conformados por intelectuales, universitarios, organizaciones obreras y políticas. Se mueven, pues, dentro de una contradicción: su mensaje debe ser virtualmente dirigido a todos los grupos sociales (son los únicos o los más interesados en dirigirse a la élite, a las masas rurales y urbanas) pero es realmente recibido —quizá, *inter alia*, por el medio de comunicación y por su contenido creciente y conscientemente elaborado y sistemático— a unos pocos grupos urbanos. Es de suma importancia el hecho de que sus públicos son, con frecuencia, grupos de presión (estructurados o semiestructurados, pero en todo caso con cierta capacidad potencial de presión e influencia).

Los *redefinidores* están virtualmente interesados en difundir sus sistemas al mayor número posible de grupos nacionales, pero se dirigen prácticamente a grupos políticamente efectivos y fuertemente estructurados: organizaciones obreras, organizaciones políticas, grupos universitarios, intelectuales, etcétera, sin que ello obste para que amplíen su rango de difusión hasta incluir sectores más vastos.

Los intelectuales *integradores* y *redefinidores* son los que invitan a traducir sus símbolos en realidades. De aquí que, tal como se describió, no sea extraño que sus públicos sean generalmente grupos políticamente significativos.

IX. Tipología de los públicos

Cada tipo de intelectual se asocia, típico-idealmente, con un público

específico. Esto permite la elaboración de una tipología complementaria: la de los públicos. Para el caso se precisa la selección de criterios cuyas combinaciones den lugar a públicos sociológicamente distintos y relevantes. Se han escogido cinco criterios:

1. Definición de los grupos constitutivos del público (reales o nominales);
2. Constitución de esos mismos grupos (homogéneos o heterogéneos);
3. Organización de esos grupos (estructurados o semiestructurados);
4. Orientaciones de los grupos (activos o pasivos);
5. Tamaño medio de los grupos (minoritarios o masivos).

De las innumerables combinaciones posibles entre esos cinco criterios, sólo cuatro tienen sentido sociológico (atendiendo a las características de los públicos descritos en el apartado VIII).

TIPOS DE PÚBLICOS

El primer tipo es el que denominaremos público *cartesiano*. Es la clientela del intelectual *elaborador*, principalmente, y se caracteriza, en términos generales, por ser un público constituido por grupos reales, homogéneos, semiestructurados, minoritarios y relativamente pasivos, aunque sus formas de activismo adquieren una pública notoriedad y peso por el prestigio que va asociado a los grupos que lo constituyen. Los intelectuales *integradores* se dirigen a veces a él, ya que las tareas que desempeñan sus grupos constituyentes son un medio considerablemente propicio para la transmisión y mayor divulgación de sus proyectos.

De todos los públicos, parece ser el que posee una identificación y lealtad más inmediata con los intelectuales. Muchos de los miembros de los grupos del público cartesiano, en efecto, interactúan permanentemente con grupos intelectuales. Dados los altos niveles de escolarización de las sociedades urbanoindustriales, en ellas es difícil trazar una línea divisoria precisa entre el público cartesiano y el tipo que viene a continuación. En las sociedades críticas, por el contrario, sus grupos son más fácilmente identificables. En estas sociedades, este público adquiere una orientación bastante más activa y especialmente en los gobiernos revolucionarios. Sirve entonces como base para el reclutamiento de ciertos movimientos sociales.

Al segundo tipo de público lo llamaremos *rumiante*. Es, frecuentemente, el apelativo que más le cuadra a los grupos que lo conforman en razón

de su actitud ante los mensajes que reciben de los intelectuales. Literalmente rumian de modo acrítico los despachos de los intelectuales *defini-dores* y, ocasionalmente, de los *integradores*. En ciertos aspectos este público constituye —por las propiedades de sus grupos— el antitipo del cartesiano ya que, en términos típico-ideales, es más nominal que real, heterogéneo que homogéneo, mayoritario que minoritario, pasivo, pero como aquél es asimismo semiestructurado. Tiene mucho de “muchedumbre solitaria” y sus lealtades están en favor del *statu quo*. Está constituido por las clientelas políticas y burocráticas de los partidos políticos establecidos y por un gran número de miembros de los estratos medios de la sociedad urbana. En general se recluta, por tanto, entre aquellos grupos que participan en —y se benefician de— las instituciones del *Establishment*. El común de la gente tiende a identificar al público rumiante con “la opinión pública”. Es el público predominante en las sociedades urbano-industriales. Al parecer, es un público más movilizable en esas sociedades que en las sociedades críticas en donde son movilizados preferentemente en las épocas electorales. Con todo, su peso político es sensiblemente bajo por su reducida estructuración, su gran heterogeneidad y por sus orientaciones predominantemente pasivas.

El tercero bien puede llamarse el público *impugnador*. Si el cartesiano es relevante por su “calidad” y el rumiante por su “cantidad”, el público impugnador lo es por ambos motivos. Es más real que nominal y posee niveles considerables de estructuración y tamaño. Exhibe una orientación marcadamente más activa que los otros dos. Si bien es heterogéneo —en cuanto hace a sus orígenes y situación de clase y niveles y regímenes de participación en el sistema social total: grupos obreros, universitarios, rurales y urbanos movilizados, clientelas de partidos populistas y no establecidos, etcétera—, es bastante homogéneo en cuanto a sus orientaciones y metas político-sociales. Reciben los mensajes de los *censores*, los *integradores* y los *redefinidores*. Pero fundamentalmente de los dos últimos. Los niveles de desarrollo de la sociedad nacional determinarán el que la integración de alguno o algunos de sus grupos los vuelvan más rumiantes que impugnadores. Su activismo, o mejor, el activismo que se halla detrás de cada uno de los grupos que constituyen el público impugnador, hace de él uno de los tipos más significativos en las sociedades críticas. Decíamos que con el crecimiento y desarrollo económico e institucional de la sociedad nacional, algunos de sus grupos se desplazarían hacia públicos rumiantes, sin perder notoriamente peso político. Pero ya en estadios superiores de desarrollo urbano-industrial este tipo tiende a desaparecer, pero transmitiéndole al público rumiante algo de lo que él, a su turno, va perdiendo progresivamente: cierta susceptibilidad de movilización en determinadas coyunturas.

De los tres públicos anteriores, el impugnador es el que más se aproxima a las características de los movimientos políticos de tipo reivindicativo. En efecto, este tipo de movimientos tiende a confluir hacia este tipo de grupos y públicos.

Un cuarto tipo de público, de carácter residual pero significativo para la sociología política es el que llamaremos *la resaca*. Se diferencia de modo notable de los tipos anteriores y constituye un público bastante especial: está formado por un grupo real, homogéneo, estructurado, activo y minoritario. La combinación de estos cinco criterios hace de este público-grupo, una organización de cuidado. Es lo que podría llamarse un grupo de alto voltaje. Atiende poco a los mensajes de los intelectuales. Es, pues, un público displicente que los tolera con poca frecuencia, pero los emplea con más frecuencia. Este público-grupo *sui generis* es la élite nacional del poder.

X. *Ubicación institucional de los intelectuales*

Finalmente, unas consideraciones sobre la ubicación estructural de los intelectuales en el sistema social de instituciones.

1. Como grupo, los intelectuales son de los más dependientes de una remuneración, de un salario. Es, por tanto, relativamente fácil ubicarlos ya que se encuentran aglomerados en ciertas áreas institucionales típicas como son:

- a) Instituciones universitarias y científicas;
- b) Organizaciones e instituciones políticas;
- c) Instituciones oficiales;
- d) Organizaciones e instituciones culturales;
- e) La prensa.

La primera, la cuarta y la quinta son esferas propiamente intelectuales; las dos restantes sólo requieren la contribución de ellos en mayor o menor grado.

2. Pueden considerarse como sectores o grupos para el reclutamiento intelectual a los universitarios, los periodistas, los hombres de letras, los del mundo de las tablas y los "hombres públicos", esto es, políticos de alto nivel.

3. El régimen político imperante puede servir adicionalmente para facilitar la ubicación estructural no ya del intelectual como tal, sino de cada tipo —según las relaciones institucionales entre el régimen político y las

esferas mencionadas en el primer punto. Efectivamente, en un sistema político abierto los diversos tipos —desde el *elaborador* hasta el *redefinidor*— se pueden encontrar dispersos en todo el sistema de instituciones. Pero en un sistema político cerrado y autoritario es muy posible que los *redefinidores* y buena parte de los *integradores* y *censores* —sobre todo los dos primeros que son los que invitan a la acción— se hallen por fuera de las instituciones del *Establishment* y se concentren en organizaciones políticas no institucionalizadas.

Como se puede apreciar, en ningún caso —ya sea en la construcción de tipologías de los intelectuales y de sus públicos o ya en la elucidación de sus orientaciones, proyectos y ubicación— sería dable aislar al intelectual de su contexto global o sistema externo. Es este último, repitámoslo, el que condiciona la importancia relativa de los tipos, de sus ideologías respectivas y de su ubicación y de sus públicos.

XI. *El sistema externo del intelectual latinoamericano*

Antes de pasar a hacer un análisis del intelectual en las diferentes etapas de desarrollo histórico de sus sociedades, conviene hacer mención al grado de “criticismo” en que se encuentra su sistema social global.

El papel de cada tipo tendría que estudiarse no sólo en función del grado de modernización y de desarrollo de su sociedad, sino también en términos del nivel crítico en que se encuentra su estructura social. Si bien las variaciones de un país a otro pueden alterar relativamente el cuadro general del intelectual, no es menos cierto que a cada etapa histórica ha correspondido —en América Latina— un comportamiento bastante típico en términos generales por parte de sus intelectuales.

No cabe ninguna duda de que las sociedades latinoamericanas contemporáneas son sociedades “críticas”. Quizá México, Cuba y Puerto Rico sean los únicos países que hayan superado la mayor parte de sus rasgos críticos si bien desde el punto de vista internacional los dos últimos siguen siendo críticos. Decíamos anteriormente, por otro lado, que describir a las sociedades latinoamericanas como críticas no es una manera más de caracterizarlas como subdesarrolladas. Los sistemas sociales de Brasil y Argentina, para ilustrar el caso, son actualmente más críticos que los de Costa Rica y Cuba, no obstante que estos dos últimos se encuentran en estados económicos más subdesarrollados que aquéllos. Aun cuando el subdesarrollo va generalmente asociado con el criticismo, este último goza, empero, de una dinámica parcialmente autosuficiente que impide la identificación de ambos.

Lo dicho hasta ahora aclara el sistema externo del intelectual nuestro

en dos aspectos: 1, el grado de modernización y desarrollo de sus sociedades; y 2, el grado de criticismo de las mismas. Este último es, desgraciadamente, menos fácil de determinar que aquellos dos. Así, la industrialización, la urbanización, la alfabetización, la escolarización, etcétera, son variables indicadoras que permiten registrar con cierta fidelidad los niveles de diferenciación de la estructura social y económica de cualquier país. Pero ¿cómo determinar, por ejemplo, que la sociedad colombiana es más crítica que la venezolana o viceversa? Porque no se trata simplemente de la existencia de fenómenos episódicos de inestabilidad y de crisis. Por ello, para comprender y determinar lo que se entiende por criticismo, denotamos por sociedad crítica la que se caracteriza por cierta forma de funcionamiento de su organización política nacional que la hace permanentemente vulnerable a las aspiraciones, demandas, presiones y acciones de diversos grupos o entidades sociales —internacionalmente hegemónicos o nacionalmente privilegiados, subprivilegiados y marginales.

La naturaleza crítica es, por eso, un rasgo estructural de esas sociedades y no un fenómeno contingente que alimente, una que otra vez, los teletipos de la prensa internacional y los editoriales de la prensa regional. Los fenómenos contingentes constituirían dentro de este cuadro estructural epifenómenos del criticismo, pero no fuentes de él. Internamente la estructura social crítica hace referencia a fenómenos de cierta envergadura como la insurgencia de movimientos nacional-populares, la emergencia de las masas y de los sectores medios a la arena política, el gigantismo urbano, el desempleo estructural, las demandas insatisfechas de los grupos políticamente movilizados y de los marginados, los procesos inflacionarios, etcétera. En fin de cuentas, procesos todos que se asocian en parte con la quiebra o la crisis del sistema oligárquico de dominación nacional y con el paso de la sociedad tradicional a formas más modernas de organización social y política.

Pero el carácter estructuralmente crítico de las naciones latinoamericanas puede también evaluarse desde una perspectiva internacional. Ambos ángulos de visión se configuran principalmente a partir de cuestiones políticas relativamente estratégicas. Internacionalmente el carácter crítico de estos países está vinculado con los estrangulamientos del desarrollo económico: deterioro de los términos de intercambio, fluctuaciones de sus volúmenes de comercio, inestabilidad de los precios de sus productos, balanza de pagos crónicamente deficitaria, etcétera. Pero, en verdad, aquellos fenómenos no son más que expresiones que manifiestan el punto crítico básico: la dependencia nacional, la subordinación y la heteronomía política y económica dentro del sistema internacional de poder. A esta perspectiva crítica para el latinoamericano, se añade una adicional definida por el centro de poder de la zona. Para los intereses de la política

exterior norteamericana, la República Dominicana es un país más crítico que Haití, pese a las características similares que presenta el estrangulamiento de ambos países. Y porque el petróleo venezolano es más estratégico que el café colombiano, Venezuela asume, a sus ojos, características más críticas que Colombia. El poderío norteamericano hace que, inevitablemente, el sistema externo del intelectual latinoamericano tenga que ser definido no sólo en función de las características internas de sus sociedades, sino también en función de las posiciones que ellas ocupan en el sistema político hemisférico. Así, la definición latinoamericana de la situación es, en suma, complementada y remodelada por la definición norteamericana de la misma.

Pero para los fines de este trabajo no es del caso situar país por país en una jerarquía de criticismo. Es evidente que la posición que cada uno de ellos ocupa sería otra si nos atuviéramos a sus propiedades mismas y si prescindiéramos del juicio del hombre fuerte. Haití sería tan crítico como República Dominicana y Colombia tan crítica como Venezuela. Con todo, no hay que sobreestimar el peso del elemento externo definido por la política exterior de los Estados Unidos. Si bien no se puede perder de vista, conviene recordar que, en fin de cuentas, el papel del intelectual en las sociedades críticas se estructura mucho más en función de las situaciones de competencia de los grupos internos nacionales con respecto a las posiciones de poder y distribución de la riqueza y el prestigio sociales y que, en segundo lugar, una manera de liquidar el “problema internacional” consiste, a su turno, en liquidar primeramente “el problema nacional”: esto es, la estructura crítica interna. Este reforzamiento recíproco del aspecto interno y del externo del criticismo descansa —en último término— en la estructura interna. Más claramente, existe criticismo “eternamente definido” porque hay previamente una estructura crítica desde el punto de vista interno.

De ahí que los auténticos proyectos nacionalistas —que persiguen la reivindicación de la soberanía nacional y el derecho a autodefinirse— mediaticen los propósitos iniciales de reequilibrio político entre las naciones al anteponer, como primer paso para aquella reivindicación la creación de una verdadera sociedad nacional con participación efectiva de los grupos que la integran. Es de este modo como las políticas nacionalistas de un Jorge Eliécer Gaitán o un Pedro Albizu Campos para “orientarse hacia afuera” tuvieron primero que “orientarse hacia adentro”.

Pero veamos más detenida y sistemáticamente cuáles han sido los sistemas externos en que han operado los intelectuales latinoamericanos desde el siglo pasado y, especialmente, a partir de cuando surgió la “sociedad crítica” a la vuelta del siglo.

XII. *Las etapas de análisis*

Para hacer un diagnóstico del papel de nuestros intelectuales con respecto al desarrollo de sus países conviene dividir el análisis en dos etapas.

Hemos querido tomar como criterio de división algún factor que, a la vez que sea representativo en términos de los países latinoamericanos, lo sea asimismo en cuanto hace a la relación de ellos con el mundo exterior. En otras palabras, algún elemento que marque claramente distintas etapas de desarrollo regional y distintas relaciones con el sistema de poder internacional.

El criterio de distinción más apto parece ser el mismo patrón de desarrollo. Se distinguirán fundamentalmente dos etapas:

1. El patrón de desarrollo por vía de las exportaciones de productos primarios; y
2. El patrón de desarrollo mediante la industrialización sustitutiva.

La primera etapa, que también ha sido llamada de “desarrollo hacia afuera” se subdividirá en dos:

- a) Desarrollo bajo el control internacional de Inglaterra; y
- b) Desarrollo bajo el control internacional de Estados Unidos.

Esta primera etapa comprende entonces dos momentos significativos: el primero, que en nuestro análisis va desde mediados del siglo pasado hasta fines del mismo y que corresponde a la dominación económica inglesa; el segundo, a partir de la aparición de los Estados Unidos como el gran centro de mercado y de poder de la zona hasta la crisis del 29 y los años subsiguientes.

La etapa de desarrollo hacia adentro —mediante la substitución de importaciones— se inicia para la mayoría de los países de la región a partir de la crisis de la década del 30.

Cada una de estas etapas va acompañada de un comportamiento intelectual característico. Característico especialmente en lo que se refiere a los tipos predominantes de intelectuales y a sus orientaciones y proyectos-funciones.

XIII. *Los intelectuales latinoamericanos en la sociedad precrítica*

Los comienzos de la segunda mitad del siglo XIX sorprenden a estos países en la construcción de sus sociedades nacionales. Las luchas de in-

dependencia han terminado para el primer cuarto de siglo en casi todos los países, excepción hecha de Brasil y los países centroamericanos. Los sectores urbanos de rango medio, que cooperaron en su promoción, van rápidamente pasando a segundo plano en el momento siguiente cuando el poder se desplaza hacia los caudillos locales y al sistema de haciendas. El medio siglo aparece cuando el caudillismo se encuentra todavía pujante, para debilitarse una o dos décadas después con la instauración paulatina de la política de partidos.⁵

Los Estados Unidos no se han configurado aún como poder económico internacional aun cuando ya comienzan a participar progresivamente en la venta de productos agrícolas a los mercados europeos. Inglaterra domina todavía los mercados de exportación latinoamericanos. Pero lo interesante es señalar que el comportamiento de la economía británica favorece el funcionamiento del modelo de desarrollo a través de la exportación de productos primarios. Efectivamente, la pobreza de los recursos naturales británicos y la inexistencia de una "frontera" interna determinaron el que su crecimiento económico fuese acompañado de un crecimiento simultáneo de su coeficiente de importaciones.⁶ La expansión de la economía británica significaba, entonces, una expansión relativa de las exportaciones de los países periféricos. Éste es un fenómeno que —por sus consecuencias sobre la estructura económica de los países agroexportadores— repercute en la definición del sistema externo del intelectual de la época. Hay, es cierto, algunos mensajes industrializantes por parte de esos intelectuales —notablemente del argentino Alberdi, el chileno Lastarria y el colombiano Núñez—, pero estos proyectos no encuentran públicos y, por el contrario, se acepta la división internacional del trabajo vigente y con ella los principios de la economía liberal clásica.⁷

Si, como efecto de la dinámica del desarrollo inglés, el mal no radicaba —a los ojos de los intelectuales— en la ubicación subordinada de estos países en el sistema mundial de comercio —y, por tanto, los poderes centrales no malograban a las recién creadas economías— tenía que radicar en el funcionamiento de las sociedades nacionales.

En efecto, se suponía que las causas de la pobreza y el atraso había que buscarlas en factores endógenos al sistema social nacional. Se habla de las condiciones geográficas, biológicas y culturales inhibitoras del progreso nacional y se considera que es por ahí por donde hay que atacar el problema. Éste era, en pocas líneas, el marco conceptual disponible para los diversos tipos de intelectuales.

La inexistencia de un contexto *externo* económica o políticamente perturbador hacía inconcebible la elaboración de nacionalismos *defensivos*; la carencia de un contexto *interno* económica y políticamente vigoroso hacía improbable la elaboración de nacionalismos *expansivos*. La solución de

los problemas nacionales —en ese momento la reorganización del orden institucional— se planteaba teniendo como criterio el desarrollo de la joven nación norteamericana. Por tanto, descubrir las razones del desarrollo norteamericano implicaba, *eo ipso*, encontrar las posibilidades del desarrollo de los países del sur.

¿Cómo habían logrado los Estados Unidos del Norte hacer de una colonia inglesa un país moderno? Nuestros intelectuales pensaron encontrar la respuesta en dos fenómenos: la raza de sus pobladores y el funcionamiento de las instituciones republicanas. Ésta fue la tarea que —iniciada en la primera mitad del siglo XIX— realizaron los intelectuales *definidores* y *censores* de la segunda mitad.

Las formulaciones políticas de estos grupos se orientaron, por consiguiente, alrededor de dos puntos programáticos:

El primero, modificar la composición étnica de la población alentando la inmigración europea y adelantar una vasta tarea de educación popular.

El segundo, organizar la sociedad política adoptando las instituciones de la democracia liberal europea y norteamericana.

De lo que se trataba era, pues, de “europeizar” los fundamentos culturales y políticos sobre los que habría de descansar el funcionamiento del sistema social nacional.

La modernización de nuestras sociedades —habrían dicho— es una sola y misma cosa con la consolidación de sociedades políticamente integradas. Y las sociedades políticamente integradas son los Estados Unidos del Norte y los del noroeste europeo. Adoptemos sus instituciones públicas y con ello lograremos dos metas: integrar nacionalmente nuestras sociedades y hacerlas funcionar de inmediato y de una manera viable. Recojamos sus sistemas presidencialistas o parlamentarios, organicemos partidos políticos, reglamentemos sistemas representativos, copiemos sus constituciones políticas y nos colocaremos, *ipso facto*, a la altura de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos de Norteamérica.⁸

Sistematizando: las tareas predominantes durante la hegemonía económica británica fueron: la de los *definidores* “¿dónde radica la fuente de nuestro atraso y pobreza?” y la de los *censores* “¿cómo organizar el funcionamiento del Estado-Nacional?”, que cumplían ciertas tareas integradoras.⁹

Por otra parte, para la “construcción nacional” los *censores* tuvieron que habérselas con los regímenes caudillistas. La adopción de la ideología liberal los llevaba a contribuir a la creación del Estado liberal representativo. Las líneas de acción fueron dos: por un lado, la institucionalización de sistemas republicanos que debilitasen el poder de los caudillos; y por

el otro, la organización de partidos políticos que democratizaran la lucha política y eliminasen el poder personal. Éste fue el sentido y el proyecto de acción de los *censores* antirrosistas argentinos, de los antiportalistas chilenos, de los antimosqueristas colombianos y de los antigarciamorenistas ecuatorianos. Desgraciadamente, al no atacar los fundamentos del sistema cuadrillista de dominación y dejar que la estructura económica y poder agraria subsistiesen, el esfuerzo de la *intelligentsia* latinoamericana resultó estéril y disfuncional. Los parlamentos, concebidos para detener el poder caudillista, se convirtieron en los cenáculos del poder oligárquico agrario; ¹⁰ y los partidos policlasistas preservaron el poder de los caudillos.

En el caso de los parlamentos, al no representar —como en la Inglaterra clásica— los intereses de verdaderas clases medias agrarias, reforzaron los intereses de las oligarquías latifundistas. Y en el de los partidos, al no representar —nuevamente como en el caso europeo— organizaciones de clase, fueron apropiados por los caudillos mismos. Se ve, pues, cómo instituciones extranjeras descuajadas de su contexto original e implantadas indiscriminadamente en estructuras sociales con bases diferentes, jugaron un papel conservador del *statu quo* y no el papel revolucionario que se esperaba de ellas.

En el plano doméstico los esquemas de organización institucional que importan los intelectuales se vuelven contra sus propósitos de crear una sociedad democrática y moderna. Pocos fueron los que comprendieron la necesidad de adaptar formas políticas democráticas dentro de contextos sociales semif feudales. Su esperanza en las instituciones políticas demoliberales no se trastocó en desesperanza por la organización semifeudal de sus sociedades.

El carácter “cerrado” de estas últimas y la marginalidad social extrema en que se encontraban los vastos sectores populares impidieron la aparición de proyectos reivindicativos. Por lo demás, todo parece indicar que la acción de esos intelectuales se circunscribió al sector urbano de sus sociedades y ella estaba enderezada a modernizar el sistema de instituciones urbanas. El pueblo —lo dijo alguna vez el chileno Bilbao— “quedó antiguo”. No obstante, gracias a la influencia del socialismo utópico los jóvenes intelectuales organizaron al artesanado urbano en Sociedades Democráticas como en Colombia, en Sociedades de la Igualdad como en Chile o alrededor de la Asociación de Mayo como en Argentina, con miras a proteger la economía artesanal, derrocar las oligarquías nacionales e implantar gobiernos populares y seculares. En uno u otro caso estos movimientos poseyeron corta duración —hasta el momento de su represión.

Las sociedades latinoamericanas no habían llegado a su etapa de estructuración crítica. En estas condiciones no había nada indeseable —a los ojos de sus intelectuales— en la estructura de la sociedad que no fuera suscep-

tible de transformación mediante reformas de tipo formal. Lo que se necesita era, al tenor de este tipo de ideación, instituciones y formas de organización que hicieran funcionar esa estructura —no importa cuán arcaica— adecuadamente con las exigencias de las formas sociales de vida que venían de los países más avanzados.

Por tanto, si el sistema externo del intelectual latinoamericano no se planteaba en terminos de crisis —de presiones populares y de acciones imperialistas— no es de extrañar que sus proyectos fuesen más imitativos que creativos.

XIV. *La aparición de la sociedad crítica: 1880-1915*

Hacia 1880 la economía mundial inicia un proceso de expansión sostenida. Los acontecimientos que acompañan a la gran depresión que dura casi hasta final de siglo modifican sensiblemente las posiciones relativas de Inglaterra y de Estados Unidos. Paulatinamente el control del comercio internacional va pasando a manos de este último y América Latina se va convirtiendo en su principal área de influencia económica y política. Las relaciones de comercio pierden progresivamente su carácter inicialmente complementario en virtud de los abundantes recursos primarios del nuevo centro de comercio. Por consiguiente, la reducción del coeficiente de importaciones de los Estados Unidos afecta negativamente las relaciones de comercio exterior de las economías latinoamericanas. Comienza, así, a estructurarse uno de los rasgos críticos de estas sociedades.

Estas modificaciones en el sistema internacional de poder propician transformaciones en el comportamiento político de las potencias con respecto a la región hispanoamericana y aportan otra fuente, más de criticismo a sus sistemas sociales. Es evidente que del bloqueo y bombardeo de los puertos venezolanos, de la ocupación de Belice y de Mosquitia por parte de las fuerzas británicas se pasa ahora a un tipo más orgánico y sistemático de agresión de parte de la nueva potencia mundial que se traduce en actos como la anexión de Texas y Puerto Rico y la ocupación militar de Nicaragua, la República Dominicana, Cuba, Panamá, etcétera.

Ese “destino manifiesto” de la nueva potencia hemisférica, o la ideología de expansión territorial imperialista, la describe un norteamericano de la época (1893) en los siguientes términos:

Cuba, nos dicen (los anexionistas, *fu*), posee abundantes recursos naturales que merecen su apropiación. Está en manos de una potencia europea que puede, bajo ciertas circunstancias, hostilizarnos. Está a unas pocas millas de la costa de Florida. Para esa costa es “una amenaza”.

Asimismo, “domina” al golfo de México, con la desembocadura del Misisipi y el Mar Caribe. Su población está descontenta; desea liberarse de España y unirse a nosotros. Si no nos apoderamos de Cuba “alguna otra potencia lo hará”. Esa potencia quizá sea hostil. Apoderémosnos de ella. Y ¿después? Santo Domingo está solo a unas millas de Cuba; es igualmente un país de valiosos recursos; otras potencias trataron varias veces de apoderarse de él; si estuviese en poder de una potencia hostil, “pondría en peligro” a Cuba; domina igualmente el Mar Caribe; la República Dominicana, que ocupa la mayor extensión de la isla, propuso unírse nos en alguna ocasión y querrá hacerlo nuevamente; para apoderarnos de la República Haitiana tendremos que guerrear; esto costará hombres y dinero, pero nosotros podemos abatir fácilmente a los negros. Tenemos que adueñarnos de Santo Domingo. Después de Cuba seguirá, naturalmente, Puerto Rico. Quedarán las posesiones británicas de Jamaica “amenazando” y “dominando” el resto. Al igual que las pequeñas islas restantes, será difícil arrebataré las de las garras al león británico. Cuánto más necesario, pues, adueñarnos de la tierra firme que bordea y “domina” al Golfo de México y al Mar Caribe por el lado occidental. Debemos poseer todas las “laves” de los mares y del interior, o tantas como nos sea posible obtener, para proteger las unas con las otras. En realidad de verdad, una vez que nos hayamos embarcado en esta empresa, difícilmente nos toparemos con un punto final al norte del Golfo del Darién; y contaremos con abundantes razones, cualesquiera de ellas igual de buena, para no detenernos ni siquiera allí.¹¹

La guerra hispanoamericana de 1898 marca el inicio de esta política expansiva deliberada y sistemática. Hacia esa época Teodoro Roosevelt ocupaba entonces la Secretaría Adjunta de la Marina.¹² Éste es el despertar de la política del gran garrote. “Habla poco, marcha con un gran garrote y llegarás muy lejos”, decía el refranero.

De otro lado, la entrada creciente de capitales extranjeros y la incorporación definitiva de nuestras economías al comercio mundial, principalmente, provocaron hondas transformaciones en las sociedades nacionales latinoamericanas.

El modelo de desarrollo por la vía de las exportaciones de productos primarios había favorecido, entre tanto, la formación de una infraestructura económica y de un mercado interno incipientes que permitieron la aparición de las primeras industrias nacionales. La creación y expansión de los sistemas bancarios y la construcción de ferrocarriles facilitaron la movilización y modernización de regiones y sectores anteriormente coetáneos con el siglo xvi. Unas antes que otras, las sociedades nacionales latino-

americanas van incorporándose en diferentes ritmos a las formas modernas de organización social.

El proceso de urbanización, el surgimiento de nuevas actividades industriales, los impulsos por niveles más altos de escolarización, la expansión de los estratos medios de la sociedad, la formación de una clase obrera industrial, la burocratización de la institución estatal y su mayor participación, la creación de ejércitos nacionales, la constitución de partidos políticos populares y de agremiaciones sindicales, la movilización de nuevos grupos sociales, la incorporación de nuevas regiones a la economía nacional —todos estos cambios institucionales y estructurales van influyendo con diferentes pero persistentes pesos y estableciendo presiones de diversa índole que inciden en la modernización relativa del viejo orden social y en sus estructuras e instituciones. Pero esta modernización significó una mayor diferenciación de la estructura social nacional y ello aumentó las distancias existentes en el seno de la sociedad. El dualismo estructural, la convivencia de la “civilización” y la “barbarie” que describió Sarmiento medio siglo antes, se acentuó. Cada vez se fue ampliando más la brecha entre el sector urbano moderno y el sector rural tradicional. De entonces para acá va cimentándose la sociedad crítica.

El sistema externo del intelectual latinoamericano se modificó. Esta modificación vino acompañada de cambios en los tipos predominantes de intelectuales, de cambios en sus proyectos, esquemas y símbolos y de cambios en sus vinculaciones con sus públicos.

La vieja ideología liberal y el socialismo utópico que caracterizaron —la una mucho más que el otro— el pensamiento social durante el dominio británico ya no resultan adecuados ante los requerimientos políticos y sociales de la época y ceden el paso al positivismo, primero, y después al marxismo y al existencialismo. El positivismo, propiamente, arraiga en la época de transición del viejo al nuevo sistema de poder económico y político. Y el existencialismo privó especialmente entre los intelectuales *elaboradores*. El marxismo, por último constituyó quizá la única ideología disponible con que los intelectuales respondieron a la nueva coyuntura *antes* de la emergencia de movimientos populistas, cuando el esquema marxista clásico resultó políticamente insuficiente para la situación. En efecto, los intelectuales —*integradores* y *censores*— y políticos que gozaron de mayor capacidad de movilización popular y que operaron con el modelo marxista han sido preferentemente aquellos que han sabido “latinoamericanizar” el marxismo original, como Víctor Raúl Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui, ajustándolo a las características duales de los sistemas sociales de la región y a las peculiaridades de su sistema de clases sociales: baja conciencia de clases, insuficiente experiencia industrial, poca tradición obrerista, sindicalización burocrática, heteronomía económica del sector

industrial, peso considerable del sector agrario, influjo de las experiencias mexicana y soviética, etcétera.

Hacia finales de siglo el viejo periódico de dos hojas que circulaba entre grupos urbanos muy restringidos se va convirtiendo en el diario de tiraje voluminoso que trasciende los límites de la gran ciudad capital. Este hecho repercute en la modificación y la emergencia de los públicos intelectuales —especialmente de públicos cartesianos e impugnadores. Aquellos muestran una tendencia a democratizarse y los proyectos y tareas intelectuales adquieren una resonancia y una significación que rebasaba los límites localistas de los públicos anteriores a 1880 que eran, prácticamente, públicos resacas. Es para esa época cuando comienza a formarse una “opinión pública” larvaria que sigue con cierta atención los fenómenos públicos. Muchos *elaboradores* —como Darío el joven— y *censores* y *definidores* —como Rodó— inician su labor en este tipo de actividades que comienzan gradualmente a institucionalizarse.

A lo largo de este periodo los intelectuales desarrollan una actividad inusitada en términos generales. En primer lugar, es este uno de los momentos de más proyectos *elaboradores*¹³ en la historia social de la región. Quizá significó uno de los últimos esfuerzos por perpetuar un contexto cultural europeizante y elitista por parte de los *elaboradores*.¹⁴ Es un deseo esforzado por mantenerse dentro de las formas elitistas de la época anterior que van quebrándose y que, finalmente, permiten que algunos de entre ellos abandonen el estilo de “Francisca Sánchez, acompañame . . .” por el de la Oda a Wilson. La mayoría, empero, se mostró refractaria como en los casos de Silva, Amado Nervo, Barba-Jacob y tantos otros.

Paralelamente, la relativa estabilización de las sociedades políticas y el funcionamiento de las instituciones europeas importadas (para entonces el caudillismo ha tocado prácticamente a su fin, la institucionalización de la política de partidos ha ido ganando terreno, las luchas entre federalistas y unitarios o centralistas se han dirimido, los Estados nacionales cuentan ya con sus respectivos y prolijos códigos civiles, etcétera) han dado un cuerpo más definido a la “sociedad civil” (*bürgerliche Gesellschaft* hegeliana). A esta situación se acompaña la proliferación de intelectuales *definidores* y *censores* cuya tarea consiste en echar las bases ideológicas de la “sociedad burguesa”, republicana y liberal, promoviendo el consenso alrededor de valores como la primacía de la ley y de la libertad económica burguesa y un orden de derecho. Es la función de *definidores* y *censores* como Carlos Arturo Torres y Sanín Cano en Colombia, Justo Sierra en México, Juan Montalvo y Manuel González Prada en Ecuador, Francisco García Calderón en el Perú, Álvarez Suárez y Joaquín V. González en Argentina.

La incorporación definitiva de América Latina dentro del contexto in-

ternacional, la política hegemónica de Estados Unidos y la consolidación de los estados-nacionales despertaron una inquieta conciencia americanista que había desaparecido con la muerte de Bolívar. El renacimiento de este *esprit de corps* dio origen a un nuevo hispanoamericanismo que se asentaba esta vez sobre bases diferentes. Entonces el énfasis se puso menos en la anficción política de los Estados y más en la defensa de lo peculiar, de la cultura latina. Se podría decir que el hispanoamericanismo de la primera mitad del siglo pasado era de tipo societario mientras que este nuevo hispanoamericanismo era de carácter cumunitario. Los intelectuales *redefinidores* se entregan a “deseuropeizar” sus sociedades y oponerlas a todo lo exterior. Se postula como imperioso la creación de una filosofía latinoamericana, de una política latinoamericana, de una sociología latinoamericana y hasta de una ética latinoamericana. Frente al particularismo nacionalista de la segunda mitad de siglo se yergue el universalismo latinoamericanista. Es esta la función de hombres como el uruguayo Rodó, el mexicano Caso, el colombiano López de Mesa y los argentinos Ricardo Rojas e Ingenieros.

Estos últimos, sin embargo, se diferencian de los *redefinidores* que surgirán una década después. Aquéllos anhelaban y proponían un hombre, una cultura y un espíritu latinoamericanos sin plantearse siquiera qué posibilidades había para ello dentro de la “sociedad cerrada” de su época. Eran proyectos de cierto sentido aristocrático aunque quizás no aristocratizante de modo manifiesto. La meta era construir una “cultura abierta” dentro de una sociedad cerrada. Aquí radicó su falla. Esta tarea representa, no obstante, uno de los primeros esfuerzos de originalidad, de autenticidad y de creatividad de los intelectuales de la región.

Entre tanto, cuando los acontecimientos mayores descritos antes sacudieron a los países de la zona de su letargo secular —y superados los conflictos domésticos de las guerras civiles; acabada la tarea de dotar a los Estados nacionales de constituciones y códigos, echadas las bases institucionales de la organización política; diferenciada sensiblemente la estructura de la organización económica y abocadas las sociedades nacionales a modernizar la institución estatal para hacer frente a la diferenciación y diversificación de las necesidades que plantean los viejos y nuevos grupos sociales— son los *censores* quienes se ocupan de ver en qué medida las instituciones adoptadas de los países centrales en la segunda mitad del siglo pasado se ajustan a los nuevos requerimientos institucionales y en qué medida fueron ellas adecuadas para organizar y hacer funcionar de modo viable la estructura económica y la política. Por primera vez se viene a plantear por parte de los *censores* el grado de eficacia y eficiencia de los esquemas de organización de las sociedades avanzadas dentro del contexto latinoamericano.¹⁵ Por primera vez se pone en tela

de juicio —y se interroga sobre— la bondad implícita de lo “desarrollado” La idea de que la sociedad subdesarrollada —concepto que ciertamente sólo arraiga después de la segunda postguerra— obedece a una dinámica distinta y requiere, por tanto, una organización diferente a la dinámica y a la organización de las “sociedades avanzadas” comienza a cristalizar y a estructurarse. Si no de modo manifiesto, por lo menos sí en los hechos que tienden deliberadamente a contener —y a paliar— los efectos que la dinámica del sistema internacional de comercio y de dominación produce sobre estas naciones. El viejo Estado liberal, la división internacional del trabajo, el libre cambio van siendo sometidos paulatinamente a un cuestionamiento que llevó a la conciencia de la necesidad de introducir reformas en esas instituciones y modelos organizativos. El Estado intervencionista no fue ya más atacado como “socialismo de Estado”: el modelo ideológico de organización se substituyó por el modelo *funcional* de organización. En Colombia, por ejemplo, los viejos liberales como Miguel Samper y Salvador Camacho Roldán se oponen por motivos ideológicos “radicales” a la modernización del Estado que por motivos funcionales plantea el gobierno conservador de Rafael Núñez. La intervención del Estado en la organización del trabajo y de la economía nacionales se postula como una exigencia funcional, como un requerimiento de la nueva realidad. Se intenta desmontar y descongelar la división existente del trabajo internacional fomentando la industria nacional con tarifas de protección aduanera y con medidas que aseguren la colocación en el mercado de las manufacturas nacionales. El libre cambio es substituido por una política oficial de importaciones.

Veamos a continuación qué ocurre cuando la sociedad crítica se generaliza en toda la zona y se agudiza en aquellos países en donde se había inicialmente generado.

XV. *La época de afianzamiento de la sociedad crítica: 1915-1935*

Los grandes acontecimientos domésticos e internacionales ocurridos a principios de siglo y descritos en páginas anteriores, aceleraron el proceso de cambio en América Latina y para 1915 y 1920 el panorama general es más crítico y dinámico. Los cambios estructurales e institucionales que tuvieron lugar primeramente en Argentina, Chile y Uruguay adquirieron luego igual contextura en el resto de los países del área y especialmente en México, Colombia, Brasil y Perú. Con todo, la generalidad del área se vio afectada por los mismos acontecimientos desde el principio mismo en que Inglaterra se fue para su casa y la política exterior norte-

americana formulaba su “destino manifiesto” e insistía en hacer de México la capital de los Estados Unidos de Norteamérica.

Hacia fines de la primera postguerra el sistema externo del intelectual ha sufrido alteraciones con respecto al de los decenios inmediatamente anteriores. Los cambios estructurales e institucionales se han hecho más visibles y han calado bastante y se han institucionalizado en las sociedades globales.

Para entonces el control del capital financiero se desplaza definitivamente de Londres a Nueva York; el nuevo poder económico, político y militar del hemisferio se hace sentir más sistemáticamente; el capitalismo acelera su reciente orientación industrial; nuestro comercio exterior se desplaza voluminosamente hacia la esfera norteamericana y comienza a afectar a la región la nueva política de comercio iniciada por los Estados Unidos al reemplazar a Inglaterra como nuestro centro de comercio. Internamente, por el otro lado, las sociedades latinoamericanas han seguido incorporándose paulatinamente al mundo moderno mediante la organización urbano-industrial del trabajo. Una vez más se acentúan las distancias estructurales entre el atrasado sector agrario y el avanzado sector urbano-industrial de la sociedad global.

En fin de cuentas, ya no cabe ninguna duda que todos los países de la región se han vuelto doméstica e internacionalmente críticos. Lo que en los decenios anteriores pudo ser característica de unos cuantos países constituye, ahora, un rasgo estructural general de toda la región. Este nuevo paisaje social indujo cambios en el marco de referencia general de los intelectuales y se tradujo en nuevos símbolos, proyectos y tareas.

Entonces, la creación de una cultura hispanoamericana y de un Estado liberal ceden el paso a sistemas simbólicos y proyectos manifiestamente más críticos: nacionalismo, indigenismo, obrerismo, reforma universitaria, literatura social, principalmente. Pero, por otra parte, se ve uno tentado a pensar que si hasta entonces habían sido los intelectuales quienes formulaban inicialmente los derroteros a seguir, de ahora en adelante son los acontecimientos críticos mismos los que determinan estos últimos y los intelectuales quienes los elaboran y justifican. O, más claramente expuesto, antes eran ellos quienes formulaban los fines últimos de sus sociedades; ahora, en cambio, sólo les corresponde legitimarlos, sancionarlos, y señalar los medios instrumentales.

Decíamos que los cambios operados a la vuelta del siglo habían hecho casi irreconocible la vieja sociedad latinoamericana. Se inicia, entonces, una vasta tarea literaria dirigida por intelectuales *elaboradores* con frecuentes proyectos definidores y notablemente diferentes de los correspondientes al periodo de aparición de la sociedad crítica. Es una tarea destinada a rescatar al indio, al guajiro, al gaucho, al cangaceiro —al pueblo

marginado de las formas modernas de vida que se van instaurando en todos los países— y que procura ubicarlos dentro del nuevo orden de cosas. Este es, principalmente, el proyecto-función de escritores como Neruda, Vallejo, Chocano, Rivera, Gallegos, Alegría, Martínez Estrada, Güiraldes, Asturias y tantos otros. La crudeza de este estilo literario no hace más que expresar dramáticamente la crudeza que han ido adquiriendo progresivamente esas formas marginadas de vida social. Es ése, fundamentalmente, el sentido de la protesta social de esta tarea.

Esta protesta adquiere formas claramente políticas en el movimiento indigenista que encauzan *censores* e *integradores* como Mariátegui, Haya de la Torre, Valcárcel y Vasconcelos. La reivindicación indigenista no es, por lo demás, únicamente reivindicación del indio. Es, coextensivamente, reivindicación americana, popular. Este indigenismo puede considerarse como una continuación *social y política* del ideario *cultural* del hispanoamericanismo del periodo inmediatamente anterior. En este sentido, el indigenismo está más emparentado por su afinidad —en cuanto proyecto— con el hispanoamericanismo del siglo pasado que con el de este siglo.

Es a través de la especial vinculación particular que los intelectuales de orientación indigenista adquieren con su sociedad como se puede apreciar el comienzo de una diferenciación entre intelectuales modernos e intelectuales tradicionales.¹⁶

Como se ha podido inferir de la descripción de los momentos anteriores, hasta entonces la temática de sus ideologías era de tipo “institucional”. En efecto, a sus ojos, la modernización de América Latina radicaba básicamente en adoptar instituciones y formas de organización de los países industriales que permitieran hacer funcionar los Estados nacionales de una manera republicana y liberal. Hacia 1920 y desde un poco antes este énfasis en lo institucional lo cambian los nuevos intelectuales por proyectos de tipo “estructural”. Estas nuevas ideologías o proyectos —que constituyen el fundamento del nacionalismo latinoamericano de este siglo— reposan en dos supuestos: en primer lugar, el progreso de nuestras naciones depende del aprovechamiento de los recursos propios; y en segundo lugar, el aprovechamiento de estos recursos —humanos y físicos— depende de una nueva definición de las posiciones relativas de los diferentes grupos y clases nacionales en el sistema de poder, de riqueza y de prestigio —en una redefinición de la estructura político-social nacional. El indigenismo acentuó sobre todo el segundo supuesto. El primero será más tarde revigorizado a partir del tercer cuarto de este siglo.

Es con este estilo de proyecto como, por ejemplo, comienzan entonces a participar los diferentes tipos de intelectuales. La tarea intelectual en

general tendió a hacerse socialmente más operativa. Una de las instancias más notorias la constituyó el movimiento reformista universitario —que no se detenía allí— que se inició en Córdoba y que fue progresivamente extendiéndose a La Plata, Santiago, México, Lima, La Habana, Bogotá . . . La lucha por la apertura de la Universidad hacia el pueblo, por su democratización, involucró la acción no sólo de los *integradores*, como cabría haber supuesto, sino también de los *censores* y *definidores*. Ya no había que hacer siquiera mención de la importancia de la institución universitaria como tal. Se trataba, más bien, o también, de modificar las líneas de reclutamiento social y, con ello, una de las bases del sistema de estratificación de los grupos sociales. Era, en resumen, una lucha por la sociedad abierta.

La experiencia revolucionaria mexicana contribuyó asimismo a hacer fijar la atención de los intelectuales de la región especialmente en rasgos críticos de la estructura social. Junto con el indigenismo, hizo que el problema de la tierra y la reforma de su sistema de tenencia se convirtiera en otro de los proyectos intelectuales de la época.

Pero lo que nos interesa subrayar en todo este periodo es el propósito de movilización popular que acompañó a la tarea de los *censores* y *definidores*. La movilización de los grupos sociales negativamente privilegiados dejó de ser función exclusiva de los *integradores*. Los mismos escritos de los *elaboradores* se convertían en manifiestos sociales. Esta nueva actitud asumida por los tipos diversos de intelectuales parece tener un asidero en dos fenómenos emergentes y convergentes en ese periodo: el primero, por supuesto, era el estado mismo de convulsión en que se hallaba la sociedad en general, fruto de la aparición de nuevos grupos y demandas sociales. Y en segundo lugar, la tendencia a la identificación de los públicos de los intelectuales (especialmente públicos *impugnadores*) con toda suerte de movimientos sociales. El público de cada tipo de intelectual casi se constituía en algún movimiento social. Además, y dentro de este mismo contexto, los intelectuales procuraban hacer inteligibles los fenómenos mayores y relevantes no a la “opinión pública” sino a los grupos sociales más afectados por la dinámica del cambio.

Esta doble característica de los intelectuales de esa época —la movilización de sus públicos y la presión por la operacionalización de sus proyectos— hace de esos años un periodo sobresaliente en la historia del pensamiento social y de los intelectuales latinoamericanos. Fundamentalmente refleja el compromiso y la intención del nuevo intelectual —cualquiera que fuese el tipo—, por establecer sociedades abiertas y pluralistas.

Es en este punto donde confluyeron y se identificaron el movimiento intelectual con el movimiento obrero. Esta identidad de intereses —es bueno recalcarlo— no existió en el siglo anterior. Anteriormente describi-

mos los proyectos-funciones que ocupaban a los intelectuales de la segunda mitad del siglo XIX. La vinculación de los intelectuales *censores* a proyectos reivindicativos fue más bien la excepción de la regla en esa primera época. Preocupados por edificar el andamiaje institucional de sus sociedades nacionales, los grupos intelectuales prestaron poca atención a la organización de los sectores urbanos artesanales. La organización de la protesta laboral correspondió generalmente a líderes populares salidos del mismo estrato artesanal. Y en aquellos casos en que la dirección de tales agremiaciones correspondió a los intelectuales, no pudieron conciliar —como en Colombia— la defensa de los intereses proteccionistas del artesanado con la lealtad al principio liberal librecambista que secundaban. Ante esa alternativa, optaron por éste abandonando aquélla.

Más adelante, en las últimas décadas del siglo, la clase trabajadora fue adquiriendo mayor peso político gracias al desarrollo industrial y urbano de estos países. El sindicalismo, es cierto, siguió siendo todavía un sindicalismo de élite de carácter minoritario, pero asumió una forma de comportamiento más agresiva. La vieja ideología de los utopistas franceses que caracterizó los decenios anteriores es abandonada para adoptar los proyectos políticos del socialismo moderno. Este cambio en los derroteros doctrinarios de la clase obrera obedeció a dos transformaciones significativas hacia fines del siglo: la primera fue la aparición del obrero industrial de orientaciones más urbanas y modernas que las del viejo artesano; la segunda consistió en el abandono de políticas mutualistas por parte de las asociaciones obreras y la adquisición de esquemas de lucha política abiertamente clasista.

A esta reestructuración y reorganización del movimiento sindical bajo nuevas bases y dentro de un nuevo contexto contribuyeron especialmente los grupos intelectuales. Sin duda que los líderes de extracción popular siguieron ejerciendo influencia en las organizaciones obreras, como el chileno Recabarren. Esta influencia también partía de inmigrantes europeos con una experiencia industrial y sindical más genuina. Pero desde antes de finalizar el siglo —y a partir de entonces— el intelectual latinoamericano se vinculó de un modo más coherente y profundo en la contienda política obrerista. Esta mayor participación de los intelectuales se evidencia especialmente en cuatro tareas o funciones que para la segunda década de este siglo se encuentran ya claramente delineadas en toda la región:

La primera consistió en la renovación ideológica de los viejos partidos radicales reclamada por intelectuales *integradores* como el colombiano Uribe Uribe. Se postula la necesidad de reorientar los partidos con orientaciones socialistas que sirvan como agentes de cambio social y que representen efectivamente los intereses de las masas nacionales y abandonen

la defensa fuera de los derechos del ciudadano *in abstracto* tan peculiar de la coyuntura anterior.

Una segunda función que emerge para esa época consiste en asociar los proyectos ideológicos revolucionarios a la actividad parlamentaria. Al parlamento son llevados por los sectores populares intelectuales *censores* e *integradores* como los argentinos Alfredo L. Palacios y Juan B. Justo cuyas funciones se enderezan generalmente tanto a hacer una legitimación de los intereses obreros como a sentar las bases de legislaciones sociales que protejan al trabajo nacional como en el caso de la “Ley González” presentada por Joaquín V. González y en cuya elaboración colaboraron intelectuales como Lugones, Ugarte, del Valle Ibarlucea, etcétera.

Hay una tercera tarea que contrasta con las funciones de los intelectuales anteriores y es su activa participación en la creación de partidos socialistas. De una u otra forma *censores* e *integradores* tuvieron que ver con la formación de partidos obreros y revolucionarios en la mayoría de los países.¹⁷ Los nombres de Cárdenas, Lombardo Toledano, Prestes, Gaitán, Uribe Uribe, Justo, Palacios, Velasco, Ibarra, Paz Estenssoro, Silez Suazo, Haya de la Torre, están íntimamente asociados a la formación de movimientos políticos nacionalistas enderezados a movilizar políticamente a las masas populares para el logro de conquistas sociales.

En cuarto y último término, se plantea por parte de los intelectuales la racionalización de la lucha de clases y de la lucha política en general. En primer lugar, en el sentido de fijar metas revolucionarias de carácter específico como la socialización de los factores productivos, la defensa y la protección del trabajo y el nacionalismo económico. En segundo lugar, determinando los medios específicos de acción política como la invocación de alianzas con otros grupos impugnadores, el empleo de la huelga, la militancia parlamentaria, las alianzas entre partidos populares, etcétera. Y por último, dotando a los partidos —y a sus masas— de un cuerpo de doctrina en términos de la cual la acción política obrera y popular de carácter aluvional cobrase sentido.

Pero esta actividad desplegada por los intelectuales de la época del afianzamiento de la sociedad crítica tiene que analizarse con base en los determinantes de la coyuntura sociopolítica de entonces. En este sentido, la vinculación del intelectual con su sociedad —o mejor, la preocupación de aquél por idear proyectos en que la suerte de los sectores sociales mayoritarios juegan un papel decisivo y central— fue la consecuencia de las nuevas presiones y demandas planteadas por los mismos grupos sociales. En otras palabras, quiero decir que el intelectual latinoamericano, en general, no hizo más que sancionar y legitimar esas demandas. Podría, entonces, decirse que el intelectual “respondía” a las exigencias de cambio

y renovación de sus sociedades, pero a través de la mediatización de aquellos grupos. En la época actual, que analizaremos a continuación, se puede apreciar que la relación de los dos términos —intelectuales y sociedad— se invierte. Aunque formulándolo de una manera exagerada, se puede afirmar que ya no será tanto la sociedad la que fija las metas que serán recogidas por los intelectuales, sino más bien serán éstos quienes a través de un proceso de creación y originalidad expondrán las metas a que pueden llegar estas naciones.

XVI. *Los intelectuales latinoamericanos en la época contemporánea*

Todos aquellos rasgos y tendencias que fueron cristalizando progresivamente se mantuvieron después del periodo de postguerra. Nuevos movimientos políticos progresistas, legislación social avanzada, ideologías nacionalistas y otros fenómenos se asocian a las tareas de intelectuales *integradores* en Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia y los países centroamericanos.

La crisis de los años 30 crea una nueva coyuntura que afecta nuevamente a los grupos intelectuales¹⁸ en general. La crisis mundial de la economía capitalista y sus repercusiones en el comercio exterior latinoamericano afectaron seriamente la viabilidad del modelo de desarrollo por la vía de las exportaciones. A partir de entonces, uno tras otro, los países del área fueron tomando conciencia de la necesidad de abandonar el viejo estilo de crecimiento y sustituirlo por otro en que el Estado asumiera de una vez por todas el papel de programador en la esfera económica y en el cual el *leit motiv* sería una política económica industrializante. Los estrangulamientos externos propiciaron, pues, el modelo de desarrollo por la vía de la sustitución de importaciones. Pero lo característico no fue tanto la conciencia de que era necesario entrar a reemplazar un patrón de crecimiento por otro, sino el hecho de que ese nuevo patrón comenzó a operar de una manera institucionalizada y explícita. En efecto, de tiempo atrás se había advertido la necesidad de promover políticas industrializantes. Lo novedoso, como decíamos, fue la intervención del Estado en la regulación del proceso productivo y cambiario, como una tarea legítima y requerida y la necesidad de programar su control de acuerdo con metas previamente establecidas.

Internamente se opera una serie de cambios que señalaremos a renglón seguido y que van a redefinir las relaciones entre los intelectuales y sus sociedades. En primer lugar, el panorama político doméstico adquiere características oligárquicas como consecuencia de la “amenaza obrera” del periodo anterior. Los gobiernos liberales ceden el paso a

regímenes de fuerza en la mayor parte del área. El periodo posterior a la crisis económica internacional presencia los gobiernos autoritarios de Trujillo en la República Dominicana, Batista en Cuba, Somoza en Nicaragua, Ubico en Guatemala, Juan Vicente Gómez en Venezuela, Leguía en Perú, Ibáñez en Chile, Uriburu y Perón en Argentina y Vargas en Brasil.

En segundo lugar, en este mismo periodo hacen aparición los movimientos de tipo populista. La modernización de la sociedad, por un lado y el estancamiento de la economía, por el otro, favorecieron el sentimiento de privación social en que efectivamente se encontraban los sectores mayoritarios de la sociedad. Se puede, de hecho, afirmar que los movimientos populistas —del tipo de Perón o del de Vargas— surgen cuando la clase obrera —y, especialmente, su sector organizado— carece de garantías y de privilegios efectivos dentro de contextos de vida urbana. En el caso de la Argentina, por ejemplo, la administración radical que va desde 1916 hasta 1930 no favoreció en nada al movimiento obrero. (Se creó una legislación social totalmente inefectiva que se quedó en el papel.) El periodo siguiente, hasta 1943, fue acerbamente conservador y de orientación agraria y el movimiento obrero fue visto nuevamente con mucha desconfianza. En Brasil la cosa fue aún peor. Sólo con el ascenso de Vargas al poder en 1930 se convierte el movimiento obrero en una fuerza política organizada. Hasta entonces, la política oligárquica de los gobiernos anteriores y su orientación agraria, por un lado y la falta de conciencia de clase y de organización de los sectores laborales, por el otro, afectaron negativamente la posición de éstos en la economía y la política. En ambos casos, pues, tenemos la aparición de movimientos populistas cuando las sociedades se han urbanizado y los sectores obreros se encuentran marginados de la distribución de la riqueza nacional. Simultáneamente, y esto es lo que nos interesa recalcar, la dirección “intelectual” de las masas es substituida por una dirección “burocrático-carismática” (Estado burocrático representado en un líder carismático.) No es posible abstraer la importancia fundamental de este fenómeno para comprender el nuevo giro que va a tomar el comportamiento de los grupos infeccionales en general. Efectivamente, las masas adquieren desde entonces una orientación antiintelectual —fomentada por el carisma populista y la política revanchista de “aquí-y-ahora”— que desplaza a los intelectuales a un papel subsidiario.¹⁹

Pero aun allí en aquellos países, como Colombia, en donde en el periodo posterior a la crisis internacional siguen privando gobiernos representativos, es también el Estado quien asume el control de la fuerza obrera organizada.

En tercer lugar, desde antes del recrudescimiento de los gobiernos fuer-

tes y del control estatal de las organizaciones sindicales, estas últimas se fueron burocratizando. Las viejas organizaciones anarco-sindicalistas y mutualistas de carácter minoritario que desaparecen en la primera posguerra evolucionan hacia formas más burocráticas de agremiación hasta convertirse en sindicatos industriales de reclutamiento más masivo. Este sindicalismo burocrático se hace menos permeable a la influencia de los intelectuales. El liderazgo obrero tiende a “especializarse” y a “seleccionar” el tipo de orientación política proveniente de los grupos intelectuales en función de los intereses gremialistas que acompañan al proceso de asimilación y de acomodación de la fuerza de trabajo al nuevo ambiente industrial en esa etapa. Se refuerza así la orientación antiintelectual de la época que acompaña al proceso de acomodación al ambiente industrial.

Entonces, todos estos tres factores —el control oficial de los sindicatos, la transformación de éstos en sindicatos burocráticos de masas y el carácter antiintelectual del populismo— quebrantan la comunicación entre los sectores populares y los intelectuales y distancian a unos de otros. Hay, es cierto, algunos intelectuales *integradores* que se asocian a los movimientos populistas, pero desde entonces la función intelectual predominante ha dejado de ser la elaboración de proyectos integradores nacionales.²⁰ Primero con la experiencia fascista europea —que alentó al MNR boliviano, al febrerismo paraguayo, al peronismo y al varguismo— y luego con la experiencia nasserista —que parecen acariciar algunos intelectuales colombianos vinculados al rojismo (la Alianza Nacional Popular comandada por el ex dictador Rojas Pinilla)— los intelectuales han jugado invariablemente un papel secundario en la dirección y en la orientación de este tipo de movimientos.

Pero a lo que quería llegar era a explicar que ese proceso de distanciamiento *relativo* del intelectual del obrerismo ha propiciado la emergencia de un nuevo rasgo en el comportamiento del intelectual —el compromiso, no ya con sectores y grupos sociales específicos (clase obrera, sectores medios, campesinado), sino con toda su sociedad nacional en conjunto, como totalidad. Aquel compromiso particular que —como ya vimos iba aparejado con proyectos de movilización de grupos y públicos— se tras-toca ahora en un compromiso —más global, más genérico— *con la sociedad nacional, la sociedad subdesarrollada*.

Pero cualquier digresión a este respecto se presta a confusiones si no precisamos previamente qué significa ser un intelectual y si no lo distinguimos de una nueva categoría social que ha surgido como resultado del proceso general de diferenciación institucional de la sociedad latinoamericana contemporánea.

En un artículo esclarecedor, Paul Baran distingue al intelectual del “trabajador intelectual”, diferencia que los públicos pasan por alto. Los últimos

constituyen “un grupo mayoritario de personas que integran un sector importante de la sociedad: aquellos que trabajan con la mente más bien que con los músculos y que viven de su ingenio más bien que de sus manos”.²¹ Más adelante nos explica que “el propósito del trabajo y del pensamiento del trabajador intelectual es la racionalización, el dominio y la manipulación de cualquier rama de la realidad con la que él está por el momento relacionado. En este respecto, difiere poco, si en algo, del trabajador manual que moldea láminas de metal, ensambla parte de un motor o coloca ladrillos en la construcción de una pared. Formulándolo en términos negativos, el trabajador intelectual *como tal* no toma conciencia del significado de su trabajo, su importancia, su lugar dentro del marco general de la actividad social. Es decir, *no tiene que ver con la relación entre el sector de esfuerzo humano en el que por casualidad trabaja y otros sectores y la totalidad del proceso histórico* (subrayo). En su capacidad como especialistas, directores y técnicos, ellos creen que nada tienen que hacer con la formulación de los fines; ni se sienten calificados para expresar una preferencia por un fin sobre otro”.²²

Lo que singulariza al intelectual frente al trabajador intelectual *es el hecho de que su preocupación con el proceso histórico no es un interés tangible sino que impregna su pensamiento y afecta significativamente su trabajo* (subrayo).²³

Pues bien. Lo característico en la historia social de América Latina, desde hace unas tres décadas, es la emergencia del trabajador intelectual en la vida pública. Más que nunca, el origen adscriptivo del intelectual latinoamericano del siglo pasado estuvo asociado a las características excluyentes y de privilegio del sistema de clases de la sociedad agraria. Por tanto, la posición o el *status* de intelectual dependía básicamente de la proximidad con respecto a la estructura oligárquica de poder patricio y familiar. Participación intelectual, entonces, significó de hecho participación política —aunque no viceversa necesariamente. Toda participación intelectual implicaba, así, una referencia al orden social vigente —ya fuese mediante proyectos políticamente conservadores o revolucionarios. Dentro de esas sociedades cerradas que no contaban con facilidades institucionales accesibles a los diversos grupos y clases sociales no era, pues, concebible el ejercicio de tareas intelectuales de cualquier tipo sino ligadas de algún modo a la estructura de poder. Esta conexión inmediata con un sistema externo al intelectual explica la imposibilidad de que apareciesen trabajadores intelectuales en ese periodo.

La posterior modernización de estas sociedades modificó sensiblemente ese estado de cosas. La creación de sistemas nacionales de educación —que no han podido aún eliminar el carácter adscriptivo de las facilidades educativas por razones internas y externas a esos mismos sistemas—, la di-

ferenciación institucional, mediatizaron la relación entre el intelectual y su sistema externo y echaron las bases para —y fomentaron la necesidad de— trabajos intelectuales más especializados y técnicos. Se crea, entonces, la posibilidad de disociar la función, la tarea, del proyecto, de la tarea-hombre, disociación que es lo peculiar en el trabajador intelectual.

En consecuencia, hoy en día sólo han conservado su *status* de intelectual aquellos trabajadores intelectuales (técnicos, especialistas, expertos, profesores universitarios, investigadores, etcétera) que han sabido relacionar su función especializada con la realidad total del subdesarrollo, *brief*: con la totalidad histórica nacional. (No sobra aclarar que la función especializada del intelectual no es lo mismo que la función “especializante” del trabajador intelectual.)

Es pues, su conexión con/y su responsabilidad frente a la dinámica y la evolución del proceso histórico de su sociedad lo que distingue al intelectual latinoamericano... Y esta evolución actualmente se plantea —teórica y prácticamente— con la problemática del proceso de desarrollo nacional. Es esta nueva responsabilidad, más genérica y total que la del intelectual anterior, la que los intelectuales del área consideran que han escamoteado los trabajadores intelectuales latinoamericanos. Refiriéndose al científico social nuestro afirma Celso Furtado que “es el gran omiso de la época presente, por comodidad o por cobardía”²⁴

Todas las circunstancias anteriormente descritas permitieron, como hemos visto, que el intelectual latinoamericano contemporáneo —a partir de la segunda postguerra— fuese adquiriendo esa nueva fisonomía que lo distingue de los que le precedieron. Al lado de los proyectos de construcción nacional propios del siglo pasado; de republicanismo, de civilismo y de hispanoamericanismo de la vuelta de siglo; y de movilización e integración de los años siguientes —proyectos todos asociados a la evolución sucesiva del sistema externo de los intelectuales— corresponden en la época actual proyectos de desarrollo social y económico. No es que se piense que la construcción nacional esté acabada ni mucho menos que los diferentes sectores y clases sociales estén integrados a la vida moderna. *El proyecto de desarrollo se legitima, precisamente, por el supuesto de que esas tareas no son realizables a cabalidad dentro de estructuras sociales atrasadas.* De aquí la nueva temática intelectual con respecto al desarrollo nacional como base del progreso.

Pero sería un error concluir que toda la inteligencia latinoamericana, o mejor, que todas aquellas personas intelectualmente responsables hayan reorientado sus tareas vinculándolas de algún modo significativo con el problema global de la sociedad nacional subdesarrollada. Por el contrario, la tendencia “especializante” que señalamos antes se ha pronunciado, ha-

ciendo del “trabajador intelectual” una realidad más visibles y generalizada.

Prácticamente se podría considerar que esta “desintelectualización” de la tarea intelectual en la América Latina de hoy constituye el primer rasgo sobresaliente de los “grupos cultos”. Hay algunos determinantes institucionales de la sociedad contemporánea que propician el proceso. La expansión de unas instituciones, la aparición de otras y el carácter burocrático y rígidamente jerarquizado de su organización contribuyen a que se sancione positivamente al “trabajador intelectual” con base en la idea de que la función “especializante” constituye un instrumento “eficaz” para el funcionamiento organizativo. Además, se espera formalmente, i. e.: existen expectativas institucionalizadas dentro de la organización burocrática, para que los técnicos de nivel medio que se encuentran alejados de los centros de decisión se desentiendan de la fijación o mejor de la preocupación en la fijación de las metas y objetivos últimos de la institución y sólo se consagren a la operacionalización de éstos. En este sentido, la tarea intelectual de rango medio dentro de la organización jerárquica es separada de su sentido, de su destino y se divorcia de una dimensión teleológica que es, en último análisis, lo peculiar de la verdadera tarea intelectual.

En último lugar, la experiencia educativa de los grupos cultos se lleva en ocasiones a cabo dentro de instituciones que rechazan casi de manera explícita la posibilidad de relacionar significativamente el área de especialización del estudiante con contextos sociopolíticos mayores, alegando que ello constituiría una distracción de las tareas especializadas que —según esa perspectiva— se justifican por sí mismas. Cuando no, se procura dotar al estudiante de una cosmovisión o *Weltanschauung* a través de unos cursos trasnochados de “Humanidades” en los que la fetichización de “lo helénico” y de “lo clásico” justifica cualquier contenido docente obsoleto. No es, pues, de extrañar que más que una *Weltanschauung* lo que se transmite sea algo que se podría denominar una *Stellunganschauung* o “burovisión”.

Este proceso de “desintelectualización” parecería manifestarse en la asombrosa y cotidiana fuga de profesionales latinoamericanos hacia los países industrialmente avanzados.²⁵ No queremos desconocer que en esta fuga gravitan algunos determinantes generados por las condiciones mismas de estancamiento —como posibilidades de empleo, etcétera,²⁶ que explican parte del fenómeno. Pero, por otro lado, buena parte de este comportamiento es atribuible a los gobiernos mismos y a algunas características reinantes en el ambiente académico descrito antes.

Esta “orientación hacia el extranjero” se incorpora en los círculos de alta cultura como resultado de la influencia de los niveles científicos y

de difusión de los países desarrollados. De otro lado, los bajos niveles de creatividad y el complejo de subdesarrollado permiten que esta influencia cobre fuerza y actúe indiscriminadamente en los centros mismos de creación científica y cultural. Y evidentemente, esta crisis de *identidad* intelectual se traduce de inmediato en la imposibilidad de que prospere un espíritu de identidad nacional.

Por último, ocupémonos más de cerca de la situación actual y las tendencias que parecen perfilarse para el futuro próximo.

Inicialmente, la función de los intelectuales contemporáneos fue la de crear la *necesidad* o imperiosidad del desarrollo como objetivo nacional. En ello contribuyeron por parejo *definidores*, *censores* e *integradores*. La complejidad que ha ido adquiriendo la vida moderna en esta zona urgió a los diferentes tipos de intelectuales a que se preocupasen por darle sentido e inteligibilidad a ese mundo caótico que de emergente había pasado a ser algo permanente. Llamando la atención sobre la falacia del pensamiento europeo del siglo anterior sobre la supuesta inexorabilidad del progreso social, la inteligencia latinoamericana reclamó la necesidad de emplear los recursos domésticos con miras a construir sociedades de progreso. La "sociedad excluyente", la "sociedad cerrada" había, pues, que quebrarla desde su seno y no por obra de uno o unos cuantos grupos sino como resultado de una empresa nacional que implicaba la participación de todas las clases y grupos sociales.

Pero el intelectual en general cometió a su turno dos falacias. La primera fue la de creer que el crecimiento económico mismo se encargaría por sí solo de desbaratar al viejo sistema oligárquico de dominación y reemplazarlo por formas democráticas de vida y de organización. La segunda consistió en ver la sociedad cerrada y subdesarrollada como un sistema autónomo cuya dinámica era explicable enteramente en términos endógenos. *Sólo desde la década de los años cincuenta y gracias a la invaluable labor de la CEPAL se vino a comprender que la sociedad subdesarrollada es fruto de la sociedad desarrollada. Que el desarrollo es la causa del subdesarrollo y que, por tanto, estas sociedades hacían parte de un sistema internacional de dominación que no se podía pasar por alto en ningún proyecto-función.*

A partir de este nuevo proceso de intelección está comenzando a aparecer un segundo rasgo que no se manifiesta aún con toda la fuerza deseada, pero que sin duda alguna va a constituir una futura fuente tanto de definición del intelectual latinoamericano como de sus futuros proyectos y funciones. La crisis de identidad nacional de que hablábamos antes se ha operado como resultado de otros factores adicionales que han acompañado a la evolución del sistema social regional: El agotamiento del modelo de industrialización substitutiva esfumó la esperanza de romper con el

orden estancado y de abrirnos rápidamente paso hacia la modernidad. Asimismo, las esperanzas fallidas puestas en la democratización y construcción nacional gracias a lo que falazmente se ha dado en llamar “régimen de clase media” han sido otra fuente de reorientación. Por otro lado, la disminución del influjo de los intelectuales sobre los movimientos populares y sobre las organizaciones de masas que con su acción pudiesen modificar el sistema nacional de poder y de riqueza, ha hecho que aquéllos redefinan sus proyectos y esquemas de acción en busca de alternativas políticas más efectivas. Y por último, como el Estado nacional contemporáneo ha demostrado ser cada vez menos capaz de incorporar a estos pueblos al mundo moderno, los mensajes intelectuales tienden progresivamente a estructurarse como ideología²⁷ latinoamericanista. Todos los factores anteriores mencionados en este párrafo han contribuido a la emergencia de este segundo rasgo. No es cuestión del viejo panamericanismo de convergencia de *unidades distintas*. Su particularidad es el carácter de nacionalismo panlatinoamericanista a que está asociada esta ideología. La concepción del subdesarrollo como fenómeno total ligado al desarrollo de las naciones industriales y la percepción de que a ello va asociado un sistema de fuerzas políticas y económicas y culturales que configuran un sistema de poder y subordinación han contribuido a darle cuerpo al nacionalismo latinoamericanista. No se trata ya de la *coincidencia* de intereses de todos *los países* del área sino más bien de la *identidad del área como una comunidad de destino político* —que es lo que hace de cualquier comunidad humana una nación.

Al anterior va unido un tercer rasgo que también está comenzando a perfilarse en diferentes partes del área²⁸ y en distintos sectores de actividad humana. Es el que concierne a la redefinición y cambio de las lealtades y compromisos de los intelectuales latinoamericanos. Especialmente en el campo de la ciencia social y a través de sus respectivas especializaciones estos nuevos intelectuales²⁹ están promoviendo un nuevo tipo de lealtades que significa una extensión de la nueva ideología latinoamericanista. Éstos, principalmente *redefinidores* —con frecuentes proyectos *definidores* simultáneamente— comienzan a distinguirse de los otros intelectuales que poseen influjo en la zona. La comparación de uno y otro permite evaluar sus respectivos papeles ante el proceso histórico contemporáneo. Los últimos son, por definición, *censores* con proyectos *integradores*. Su actividad intelectual se orienta a relacionar su área especial de trabajo con la totalidad histórica actual. Profundamente influidos por el pensamiento europeo clásico, se esfuerzan por aplicar a América Latina —más apropiadamente, a sus respectivos países— el esquema político de construcción y desarrollo nacionales que adoptaron las naciones del Viejo Mundo. Con este marco de referencia conceptual —y también vital en

ocasiones—, estos intelectuales *censores* e *integradores* construyen sus esquemas de comprensión y de acción sobre la realidad social. Con una revolucionaria preocupación por el desarrollo nacional en la mayor parte de los casos, otorgan a los grupos e instituciones que como la clase social, el partido de clase y el Estado-nación jugaron un papel transformador en Europa, la misma fuerza dentro del contexto social latinoamericano. Invocan, entonces, la necesidad de proseguir paso a paso el mismo patrón de desarrollo político europeo. Por cierto que comprenden los tropiezos que la diferencia de contextos entraña, pero a pesar de las rigideces y disfunciones que la adopción de aquel esquema supondría fuera de su contexto original, lo siguen empleando por una especie de voluntarismo, fruto de su humanismo y preocupación por el cambio social. Las clases —proletariado y burguesía nacional— y sus organizaciones políticas siguen a sus ojos siendo la fuente *principal* de transformación social. Pero ha ocurrido que al descuajar a estos grupos de su contexto europeo original —donde jugaron papeles revolucionarios al hacer de la *sociedad feudal* una sociedad burguesa— los *censores* e *integradores* contemporáneos se han, a su turno, como descuajado ellos mismos del contexto nacional latinoamericano al desear que sean principalmente aquellos mismos grupos los que promuevan el paso de una *sociedad colonial* a una sociedad desarrollada. En efecto, pese al carácter conservador y heterónomo de las burguesías nacionales de la región, esperan de ellas empresas nacionales; pese a la baja conciencia de clase del proletariado industrial conformista³⁰ quieren conferirle un peso político reivindicador; pese al reclutamiento minoritario, la dirección oligárquica y las orientaciones gremialistas de las organizaciones obreras, las invisten de la representación popular; pese al carácter clientelista de las de las organizaciones políticas de patronazgo, las revisten de ideología revolucionaria. Evidentemente, la quiebra de este modelo y su ineficacia en estas latitudes ha llevado a que se polaricen en dos sectores los intelectuales *censores* e *integradores*: por un lado, los que insisten en conservar a aquél como instrumento político se han conservatizado hasta el extremo de constituir una especie de *burkismo* latinoamericano (Rómulo Betancourt, José Figueres, Alberto Lleras, Haya de la Torre, etcétera) o evitan conservatizarse apelando febrilmente a un nacionalismo progresista, pero sin estructuras, instituciones y grupos capaces de realizarlo como es el caso de la izquierda establecida. Y por el otro lado, los que revisan y abandonan parcialmente el modelo mediante la inclusión —gracias a la experiencia china y a la cubana— de nuevos grupos sociales: la clase campesina y sus organizaciones políticas y los movimientos populares, a fin de lograr la efectividad de aquél como es el caso de los nuevos intelectuales revolucionarios.

Es frente a estos intelectuales contemporáneos que comienza a estruc-

turarse el intelectual redefinidor cuyos rasgos describíamos anteriormente. Separarse de aquéllos significó para éste una redefinición de sus proyectos —ya descritos— y sus lealtades y compromisos. Políticamente, su diferente intelección de la estructura social y su sistema político ha significado una intelección igualmente distinta de la política y de las lealtades políticas en sentido general. Efectivamente, la ubicación conceptual de la sociedad nacional subdesarrollada dentro de un sistema internacional —en que ha insistido la CEPAL y que ha sido inducida por los fenómenos sociopolíticos que mencionábamos con anterioridad— ha provocado una redefinición de los sistemas de acción en el sentido de no concebir las fuentes de cambio como descansando estricta y exclusivamente en factores intranacionales sino también en factores internacionales.

De ahí que las lealtades políticas de estos nuevos intelectuales han tendido —por no encontrar otro término más unívoco— a “universalizarse” hasta coincidir con el nuevo nacionalismo latinoamericanista que concibe la lucha política principalmente como desarrollo nacional frente a la subordinación internacional.

En esta nueva concepción, naturalmente, el papel que le cabe a cada uno de los grupos y clases sociales nacionales tiene que ponderarse de acuerdo con la suerte que le quepa, a su turno, a la sociedad nacional como totalidad en el proceso de desarrollo. El énfasis, entonces, deja de ser el compromiso con grupos particulares y con sus ideologías respectivas. No es que, repetimos, los intereses de estos últimos sean escamoteados por los *redefinidores* sino que consideran que aquéllos son sólo susceptibles de ser satisfechos mediante el compromiso —más general— con la sociedad nacional y su desarrollo.

Es en este aspecto como puede apreciarse la responsabilidad del intelectual *redefinidor* ante el destino de su pueblo. “En ninguna época, dice Furtado, la responsabilidad de los intelectuales fue tan grande como en la actualidad. Y esa responsabilidad viene siendo traicionada por la acción de unos y la omisión de otros. Los hombres de ciencia, responsables de esa suprema creación del intelecto humano que es la ciencia experimental, se pusieron al servicio de mitologías políticas contrarias a la humanidad, transformando el destino del hombre sobre la tierra en simple dato de un problema político que debe ser enfrentado día tras día, que por su propia naturaleza está constituido esencialmente de elementos irracionales (...)

“Esto (la responsabilidad social del intelectual, FU) les permite moverse en un nivel de racionalidad y les impone una responsabilidad muy especial; la responsabilidad de la inteligencia. Porque la tiene, el intelectual no puede rehuir la obligación de ver más allá de lo que le permiten las lealtades de grupo y los vínculos de cultura. Con quien tiene un compro-

miso supremo es con la dignidad de la persona humana y aquí reside el atributo inalienable del intelectual como ser.”³¹

Detrás de este cambio fundamental de lealtades —cambio que no ha sido nada fácil dadas la coyuntura política latinoamericana y las resistencias que por lo general presentan los sistemas ideológicos al cambio— se adivina un esfuerzo creativo que hace particularmente interesante a este nuevo tipo de intelectual con respecto a su futuro papel en el desarrollo social y económico. Este nuevo estadio parece ir acompañado de una concepción también diferente en cuanto hace al empleo de la capacidad creadora de los grupos sociales nacionales. Quizá el hecho mismo de que sean conscientes de la persistencia de los estrangulamientos que gravitan sobre la sociedad subdesarrollada los ha llevado a confiar, como pocas veces en nuestra historia social, en las estupendas potencialidades de la población nacional. No es extraño, pues, que dentro de este nuevo paisaje la misma idea, hoy tan en boga, del desarrollo “hacia adentro” ceda el paso a la reciente concepción del desarrollo “desde adentro”.³²

Y para terminar, una última consideración. Sería ingenuo desconocer la variedad de obstáculos a que se enfrentan los proyectos de este nuevo tipo de intelectual. Aunque se haya hecho conciencia sobre las discontinuidades y rigideces estructurales e institucionales que dificultan la superación del atraso social y económico de estos pueblos, la irracionalidad del sistema político regional y nacional significa un obstáculo inicial de fuerza determinante. Porque, sin duda, la racionalización y democratización de ese sistema —que ha sido uno de los proyectos de la mayor parte de los intelectuales del área— constituye una de las bases a partir de la cual la nueva ideología prosperará como instrumento de cambio, de renovación y de creación institucional y contextual.

¹ Madrid: Aguilar, 1958.

² París: Calmann-Lévy, 1955.

³ London: Heinemann, 1960.

⁴ *The End of Ideology*. Glencoe: The Free Press, 1960.

⁵ Cf. Jacques Lambert, *América Latina: Estructuras sociales e instituciones políticas*, Ed. Ariel, Barcelona, 1964, Primera Parte, *passim*.

⁶ Raúl Prebisch, *Hacia una nueva política comercial en pro del desarrollo*. Naciones Unidas, Nueva York, 1966.

⁷ “El crecimiento de nuestra población depende —decía el colombiano Camacho Roldán— esencialmente del desarrollo que demos a nuestros trabajos agrícolas.” *Artículos escogidos del doctor Salvador Camacho Roldán*. Librería Colombiana, sin fecha ni lugar de edición, p. 86. En general, los intentos de hacer del Estado un agente activo en el proceso económico fueron denunciados por los intelectuales —como Miguel Samper en Colombia— como “socialismo de Estado”.

⁸ “Alcancemos a los Estados Unidos. Seamos América —decía el argentino Sarmiento—, como el mar es el océano. Seamos los Estados Unidos.” Citado por William Rex Crawford, *El pensamiento latinoamericano de un siglo*, México: Editorial Limusa-Wiley, 1966, p. 59. Entretanto, el colombiano Florentino González propone la anexión del territorio colombiano al mismo país a fin de que el Estado

colombiano se logre ubicar “en la misma condición que los Estados de Nueva York, Pensilvania y los demás de la Confederación.” Citado por José de la Vega, *La Federación en Colombia (1810-1912)*. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional, 1952, p. 170.

⁹ Aunque prácticamente estas tareas de integración estuvieron monopolizadas por los caudillos nacionales al frente de las “autocracias unificadoras”. Cf. Gino Germani, *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires: Paidós, 1962, cap. VIII. También Kalman H. Silvert. *La sociedad problema: Reacción y Revolución en América Latina*. Buenos Aires: Paidós, 1962, cap. II.

¹⁰ Para una excelente descripción de las relaciones entre oligarquía y parlamentarismo, véase “La oligarquía peruana” de François Bourricaud, en *ECO: Revista de la Cultura de Occidente*, t. XII/2, Bogotá, diciembre 1965.

¹¹ Carl Schurz, “Manifest Destiny”, en: *Readings in American Democracy*, Gerald Stourzh y Ralph Lerner (ed. s), Nueva York: Oxford University Press, 1959, pp. 378-9.

¹² Cf. George F. Kennan, *American Diplomacy, 1900-1950*, Nueva York: Mentor Book, 1964, parte I, cap. I.

¹³ En el sentido típico-ideal que le hemos conferido.

¹⁴ Este desdén elitista y atrevido alcanza extremos casi inimaginables como cuando el colombiano Guillermo Valencia escribe una poesía sobre los camellos (*sic!*).

¹⁵ “La forma de nuestras instituciones —decía en Colombia Rafael Núñez— es una ilógica imitación de la que tienen las de los Estados Unidos. Nuestros políticos atribuyeron a esa forma la sorprendente prosperidad de los norteamericanos, que creyeron trasplantar a nuestro suelo con la sola operación de escribir y dar aparente sanción a un cierto catálogo de principios o reglas de derecho constitucional... Nosotros, después de haber adoptado para nuestro uso las instituciones que llamamos modelo de perfección republicana, nos cuidamos muy poco de estudiar su desenvolvimiento histórico en su propio campo de acción, para hacer comparaciones oportunas y deducir de ellas las necesarias enmiendas.” Citado por de la Vega, *op. cit.*, pp. 206-7. Cf. igualmente el valioso trabajo de Indalecio Liévano Aguirre, *Rafael Núñez*, Bogotá: Segundo Festival del Libro Colombiano, sin fecha de edición.

¹⁶ Por intelectual moderno no queremos significar la posesión de lo que un sociólogo norteamericano denomina esotéricamente “la cultura intelectual moderna”. (Edward A. Shils, “The Intellectuals in the Political Development of the New States”, en *Political Change in Underdeveloped Countries: Nationalism and Communism*. John H. Kautsky (ed.), New York: John Wiley & Sons, 1962, especialmente pp. 198, 199, 209 y 211). Uno recibe la impresión de que detrás de esas definiciones etnocéntricas de algunos científicos sociales de los países avanzados se esconde un particularismo semejante al que quieren ver en los intelectuales de los países subdesarrollados. (Por ejemplo, véase Shils *op. cit.*, p. 211 y también Kalman H. Silvert, *op. cit.*, pp. 156 y 157). Nosotros propondríamos como intelectual moderno en los países pobres a aquellos que saben, por el contrario, *modificar y transformar* la “cultura intelectual moderna” (de existir una cultura intelectual moderna) y adaptarla significativamente a los contextos sociales de transición.

¹⁷ Chile: Partido Demócrata, 1887 y Partido Socialista Obrero, 1912. Argentina: Partido Socialista, 1894. Ecuador: Partido Socialista, 1912. Brasil: Partido Socialista, 1916 y Partido Trabalhista, 1928. México: Partido Obrero Socialista, 1917 y Partido Laborista Mexicano, 1919. Cuba: Partido Comunista Cubano, 1924. Bolivia: Partido Obrero Revolucionario, 1925, etcétera. Cf. Ezequiel Martínez Estrada, *Diferencias y semejanzas entre los países de la América Latina*, México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1962, pp. 554-64.

¹⁸ Deliberadamente he evitado el empleo usual del término *élite* con que se distingue a los intelectuales, al referirme a los del área latinoamericana. Entre otras cosas, pero principalmente porque su *status* tiene un fundamento social marcadamente adscriptivo. Para el *status* de nuestro intelectual, cf. Johan Galtung, “Los factores socioculturales y el desarrollo de la sociología en América Latina”, en *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. 1, marzo, 1965, núm. 1, pp. 72-101.

¹⁹ La actitud de los líderes populistas ante los intelectuales está gráficamente descrita por la actitud de Perón cuando en alguna ocasión mencionó que iba a “nombrar a algunos intelectuales” para que elaboraran la filosofía del Justicialismo.

²⁰ No obstante, las discontinuidades regionales en términos de crecimiento que comienzan a cristalizarse del 30 para acá han hecho que todavía en algunos países

la función *integradora* siga siendo el principal o uno de los principales rasgos intelectuales en aquellos países de menor desarrollo nacional (por ejemplo, el papel de Bosch en la República Dominicana).

²¹ "El compromiso del intelectual", aparecido en *Casa de las Américas*, núm. 7, La Habana, 1961 y reproducido en *CSE*. Órgano del Consejo Superior Estudiantil de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 1966, año 1, núm. 3.

²² *Ibidem*.

²³ *Ibidem*. Lamentablemente el artículo llegó a mis manos cuando ya había concluido la parte teórica de este ensayo, pero su concepción del intelectual es semejante a la que aquí se postula en términos de vinculación con el sistema externo, con la sociedad global. Recuérdese la crítica al enfoque tradicional en que se concibe al intelectual como *tarea* y que correspondería al "trabajador intelectual" de Baran; y las dos últimas frases de la sección II.

²⁴ Prefacio a su *Dialéctica del desarrollo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1965, 1ª edición.

²⁵ Así, "diariamente un ingeniero y cada dos o tres días un científico latinoamericano emigra hacia Estados Unidos", citado por Glaucio y Mireya S. de Soares, "La fuga de los intelectuales", en: *Aportes*, París, núm. 2, octubre 1966, pp. 53-66.

²⁶ Para un análisis de las actuales tendencias económicas y el mercado y las perspectivas ocupacionales, cf. Jorge Graciarena, *La universidad y el cambio político en América Latina*, Colegio de Pedagogía, Universidad de Puerto Rico, 1966.

²⁷ Ideología no en el sentido marxista de "enmascaramiento" sino en el sentido de "proyecto" que le confiere Mannheim. Con esa connotación la hemos usado en este trabajo.

²⁸ Hay evidencias para afirmar que este nuevo intelectual *redefinidor* cuyos rasgos estamos describiendo —con algunos proyectos de *definición* en virtud de la labor de inteligibilidad que también desempeñan como científicos sociales— gravita principalmente en las sociedades críticas más modernizadas de la región, en tanto que los *integradores* contemporáneos con los cuales lo contrastaremos seguidamente siguen poseyendo una mayor influencia relativa en las sociedades críticas comparativamente menos modernizadas de la región.

²⁹ Se destacan, a este respecto, en los campos de la sociología, la economía y la ciencia política científicos como Celso Furtado, Raúl Prebisch, Jorge Ahumada, Gino Germani, L. A. Costa Pinto, Aldo Solari, Jorge Graciarena, Luis Ratinoff, Fernando Henrique Cardoso, Octavio Ianni, Florestan Fernández, Torcuato S. Di Tella, Pablo González Casanova, Orlando Fals Borda, Víctor Urquidí, Helio Jaguaribe, Aníbal Pinto, José Num, Osvaldo Sunkel, J. A. Silva Michelena y Rodolfo Stavenhagen principalmente.

³⁰ Es lo que Jaguaribe denomina "proletariado cartorial", en *Desarrollo económico y desarrollo político*, Buenos Aires Eudeba, 1964.

³¹ *Ibidem*.

³² Sobre este concepto, véase "Algunos problemas de la formación y utilización del capital humano en el desarrollo reciente de América Latina: una interpretación", Luis Ratinoff, ponencia presentada al *VI Congreso Internacional de Planificación*, Caracas, 1966.

BIBLIOGRAFÍA

- ARON, Raymond, *L'opium des intellectuels*, Paris Calmann-Levy, 1955.
- BARAN, Paul, "El compromiso del intelectual", en *Casa de las Américas*, La Habana, 1961, reproducido en *CSE*, Bogotá, Consejo Superior Estudiantil, Universidad Nacional, 1966.
- BELL, Daniel, *The End of Ideology*, Glencoe, The Free Press, 1960.
- BOURRICAUD, François, "La oligarquía peruana", en *ECO: Revista de la Cultura de Occidente*, Bogotá, tomo XII/2, diciembre, 1965.
- CAMACHO ROLDÁN, Salvador, *Artículos escogidos del doctor Salvador Camacho Roldán*, Librería Colombiana, sin fecha ni lugar de edición.
- DE LA VEGA, José, *La federación en Colombia, (1810-1912)*, Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, 1952.

- FURTADO, Celso, *Dialéctica del desarrollo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965, 1ª edición.
- GALTUNG, Johan, "Los factores socioculturales y el desarrollo de la sociología en América Latina" en *Revista Latinoamericana de Sociología*, vol. 1, núm. 1, marzo, 1965.
- GERMANI, Gino, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1962.
- GRACIARENA, Jorge, *La Universidad y el cambio político en América Latina*, Colegio de Pedagogía, Universidad de Puerto Rico, 1966.
- JAGUARIBE, Helio, *Desarrollo económico y desarrollo político*, Buenos Aires, Eudeba, 1964.
- KENNAN, George F., *American Diplomacy 1900-1950*, New York, Mentor Books, 1964.
- LIÉVANO AGUIRRE, Indalecio, *Rafael Núñez*, Bogotá, Segundo Festival del Libro Colombiano, sin fecha de edición.
- LIPSET, Seymour Martin, *Political Man*, London, Heinemann, 1960
- MANNHEIM, Karl, *Ideología y utopía*, Madrid, Aguilar, 1958.
- MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel, *Diferencias y semejanzas entre los países de la América Latina*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962.
- PREBISCH, Raúl, *Hacia una nueva política comercial en pro del desarrollo*, Nueva York, Naciones Unidas, 1964.
- RATINOFF, Luis, "Algunos problemas de la formación y utilización del capital humano en el desarrollo reciente de América Latina: una interpretación", *VI Congreso Interamericano de Planificación*, Caracas, 1966.
- REX CRAWFORD, William, *El pensamiento latinoamericano de un siglo*, México, Editorial Limusa-Wiley, 1966.
- SCHURZ, Carl, "Manifest Destiny", en *Readings in American Democracy*, Gerald Storz y Ralph Lerner (ed.s), New York: Oxford University Press, 1959.
- SHILS, Edward A., "The intellectuals in the political Development of the New States", en *Political Change in Underdeveloped Countries: Nationalism and Communism*, John H. Kautsky (ed.), New York, John Wiley & Sons, 1962.
- SILVERT, Kalman H., *La sociedad problema: reacción y revolución en América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 1962.
- SOARES, Glaucio y Mireya S. DE SOARES, "La fuga de los intelectuales", en *Aportes: Una revista de estudios latinoamericanos*, París, núm. 2, octubre, 1966.